

PRIMERA SERIE DE ARTÍCULOS TRADUCIDOS
DEL ITALIANO, DE LOS SITIOS WEB
ZENIT, BIBBIA E SCIENZA, EFFEDIEFFE, etc.



Artículos sobre la Biblia

ARTÍCULOS SOBRE LA BIBLIA

- | | |
|--|--|
| 1 - Inspiración, verdad e interpretación de la Biblia | Benedicto XVI - (pág. 3) |
| 2 - La autenticidad del Pentateuco | P. George Habra - (pág. 5) |
| 3 - La auténtica astronomía bíblica | Fernand Crombette - (pág. 15) |
| 4 - Garantías de credibilidad de la Escritura | Stefano M. Chiari - (pág. 18) |
| 5 - Verdad del Antiguo Testamento | Luigi Copertino - (pág. 20) |
| 6 - Relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento | Card. J. Ratzinger - (pág. 28) |
| 7 - Relación entre Antiguo y Nuevo Testamento | Luigi Copertino - (pág. 32) |
| 8 - Cómo inventaron el libro los cristianos | Maurizio Blondet - (pág. 33) |
| 9 - La fecha de los escritos del Nuevo Testamento | P. Philippe Rolland - (pág. 36) |
| 10 - Nueva cronología de la vida de S. Pablo | Marta Sordí /Roberto Persico - (pág. 38) |
| 11 - Sagrada Escritura y hombre total | Stefano M. Chiari - (pág. 41) |

Señor cardenal, excelencia,
queridos miembros de la Pontificia Comisión Bíblica:

Me alegra acogeros una vez más al término de vuestra anual asamblea plenaria. Agradezco al señor cardenal William Levada su discurso de saludo y la concisa exposición del tema que ha sido objeto de atenta reflexión en el curso de vuestra reunión. Os habéis reunido nuevamente para profundizar un argumento muy importante: **la inspiración y la verdad de la Biblia**.

Se trata de un tema que afecta no sólo a la teología, sino a la misma Iglesia, porque la vida y la misión de la Iglesia se fundan necesariamente sobre la Palabra de Dios, la cual es alma de la teología y, al mismo tiempo, inspiradora de toda la existencia cristiana. El tema que habéis afrontado responde, además, a una preocupación que llevo particularmente dentro, ya que la interpretación de la Sagrada Escritura es de importancia capital para la fe cristiana y para la vida de la Iglesia.

Como usted ha ya recordado, señor presidente, en la encíclica *Providentissimus Deus* el papa León XIII ofrecía a los exegetas católicos un nuevo aliento y nuevas directivas en el tema de la inspiración, verdad y hermenéutica bíblica.

Más tarde Pío XII en su encíclica *Divino afflante Spiritu* recogía y completaba las enseñanzas precedentes, exhortando a los exegetas católicos a llegar a soluciones en pleno acuerdo con la doctrina de la Iglesia, teniendo debidamente en cuenta las positivas aportaciones de los nuevos métodos de interpretación desarrollados en aquellos momentos.

El vivo impulso dado por estos dos pontífices a los estudios bíblicos, como usted ha dicho también, ha encontrado plena confirmación y ha sido ulteriormente desarrollado en el Concilio Vaticano II, de modo que toda la Iglesia ha sacado y sigue sacando beneficio. En particular, la Constitución conciliar *Dei Verbum* ilumina aún hoy la obra de los exegetas católicos e invita a pastores y fieles a alimentarse más asiduamente en la mesa de la Palabra de Dios.

El Concilio recuerda, al respecto, ante todo, que Dios es el Autor de la Sagrada Escritura: *“Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo. La santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia”* (*Dei Verbum*, 11). Dado que todo lo que los autores inspirados o hagiógrafos aseguran que debe considerarse afirmado por el Espíritu Santo, invisible y trascendente Autor, en consecuencia, se debe declarar que **“los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación”** (*ibid.*, 11).

Del planteamiento correcto del concepto de inspiración divina y verdad de la Sagrada Escritura derivan algunas normas que afectan directamente a su **interpretación**.

La misma constitución *Dei Verbum*, tras haber afirmado que Dios es el autor de la Biblia, nos recuerda que en la Sagrada Escritura Dios habla al hombre a la manera humana. Y esta sinergia divino-humana es muy importante. Dios habla realmente a los hombres de modo humano. Para una recta interpretación de la Sagrada Escritura es necesario por tanto investigar con atención qué han querido afirmar verdaderamente los hagiógrafos y qué ha querido manifestar Dios a partir de las palabras humanas. *“Las palabras de Dios de hecho, expresadas con lenguas humanas, se han hecho similares al lenguaje de los hombres, como ya el Verbo del eterno Padre, habiendo asumido las debilidades de la naturaleza humana, se hizo similar a los hombres”* (*Dei Verbum*, 13). Estas indicaciones, muy necesarias para una correcta interpretación de carácter histórico-literario como primera dimensión de toda exégesis, requieren además una unión con las premisas de la doctrina sobre la inspiración y la verdad de la Sagrada Escritura. De hecho, siendo la Escritura inspirada, hay un máximo principio de

recta interpretación sin el cual los escritos sagrados quedarían como letra muerta, sólo del pasado: la Sagrada Escritura debe ser *“leída e interpretada con la ayuda del mismo Espíritu mediante el cual ha sido escrita”* (*Dei Verbum*, 12).

Al respecto, el Concilio Vaticano II indica tres criterios siempre válidos para una interpretación de la Sagrada Escritura conforme al Espíritu que la ha inspirado.

- Ante todo es necesario prestar gran atención al contenido y a la unidad de toda la Escritura: **sólo en su unidad es Escritura**. De hecho, a pesar de lo diferentes que sean los libros que la componen, la Sagrada Escritura es una en virtud de la unidad del diseño de Dios, del que Cristo Jesús es el centro y el corazón (cfr. *Lc 24, 25-27; Lc 24, 44-46*).

- En segundo lugar es necesario leer la Escritura en **el contexto de la tradición viva de toda la Iglesia**. Según un dicho de Orígenes, *“Sacra Scriptura principalis est in corde Ecclesiae quam in materialibus instrumentis scripta”*, es decir, *“la Sagrada Escritura está escrita en el corazón de la Iglesia antes que en instrumentos materiales”*. De hecho la Iglesia lleva en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios y es el Espíritu Santo quien le da la interpretación de ella según su sentido espiritual (cf. Orígenes, *Homiliae in Leviticum*, 5, 5).

- Como tercer criterio es necesario prestar atención a **la analogía de la fe**, es decir, a la cohesión de las verdades de fe individuales entre ellas y con el plano completo de la Revelación y de la plenitud de la economía divina contenida en ella.

La tarea de los investigadores que estudian con diferentes métodos la Sagrada Escritura es la de contribuir, según los mencionados principios, a la comprensión más profunda y a la exposición del sentido de la Sagrada Escritura. El estudio científico de los textos sagrados es importante, pero no es por sí sólo suficiente, pues tendría en cuenta sólo la dimensión humana.

Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia el exegeta católico tiene que estar atento a percibir la Palabra de Dios en estos textos, dentro de la misma fe de la Iglesia. Ante la falta de este imprescindible punto de referencia, la investigación exegética quedaría incompleta, perdiendo de vista su finalidad principal, con el peligro de quedar reducida a una letra meramente literaria, en la que el verdadero Autor, Dios, deja de aparecer.

Además, la interpretación de las Sagradas Escrituras no puede ser sólo un esfuerzo científico individual, sino que debe confrontarse siempre, ser integrada y autenticada por la tradición viva de la Iglesia. Esta norma es decisiva para precisar la relación correcta y recíproca entre exégesis y magisterio de la Iglesia.

El exegeta católico no se siente sólo miembro de la comunidad científica, sino también y sobre todo miembro de la comunidad de los creyentes de todos los tiempos. En realidad, estos textos no han sido entregados sólo a los investigadores o a la comunidad científica *“para satisfacer su curiosidad y o para ofrecerles argumentos de estudio y de investigación”* (*Divino afflante Spiritu*, EB 566). Los textos inspirados por Dios han sido encomendados en primer lugar a la comunidad de los creyentes, a la Iglesia de Cristo, para alimentar la vida de fe y para guiar la vida de caridad. El respeto de esta finalidad condiciona la validez y la eficacia hermenéutica bíblica. La encíclica *Providentissimus Deus* recordó esta verdad fundamental y observó que, en vez de obstaculizar la investigación científica, el respeto de este dato favorece su auténtico desarrollo. Una hermenéutica de la fe corresponde más a la realidad de este texto que una hermenéutica racionalista, que no conoce a Dios.

Ser fieles a la Iglesia significa, de hecho, enmarcarse en la corriente de la gran Tradición que, bajo la guía del Magisterio, ha reconocido los escritos canónicos como Palabra dirigida por Dios a su pueblo y nunca ha dejado de meditarlos y de descubrir sus inagotables riquezas. El Concilio Vaticano II lo confirmó con gran claridad: *“Todo lo que se refiere a la interpretación de la Sagrada Escritura, está sometido en última instancia a la Iglesia, que tiene el mandato y el ministerio divino de conservar y de interpretar la palabra de Dios”* (*Dei Verbum*, 12).

Como nos recuerda la mencionada constitución dogmática, existe una inseparable unidad entre Sagrada Escritura y Tradición, pues ambas proceden de una misma fuente: *“La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo*

fin. Ya que la Sagrada Escritura es la palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los apóstoles la palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de la verdad la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de amor y reverencia” (Dei Verbum, 9).

Como sabemos, esta frase “con un mismo espíritu de amor y reverencia” fue creada por san Basilio, y después fue recogida por el Decreto de Graciano, por la que entró en el Concilio de Trento y después en el Vaticano II. Expresa precisamente esta inter-penetración entre Escritura y Tradición. Sólo el contexto eclesial permite a la Sagrada Escritura ser entendida como auténtica Palabra de Dios, que se convierte en guía, norma y regla para la vida de la Iglesia y en crecimiento espiritual de los creyentes. Esto, como ya he dicho, no impide en modo alguno una interpretación seria, científica, pero abre además el acceso a las dimensiones ulteriores de Cristo, inaccesibles a un análisis sólo literario, que es incapaz de acoger en sí el sentido global que a través de los siglos ha guiado a la Tradición de todo el Pueblo de Dios.

Queridos miembros de la Comisión Pontificia Bíblica, deseo concluir mi intervención formulando a todos vosotros mi agradecimiento personal y mi aliento. Os doy las gracias cordialmente por el comprometido trabajo que realizáis al servicio de la Palabra de Dios y de la Iglesia, mediante la búsqueda, la enseñanza y la publicación de vuestros estudios. A esto añado mi aliento en el camino que todavía queda por recorrer. En un mundo en el que la investigación científica asume una importancia cada vez mayor en numerosos campos, es indispensable que la ciencia exegética se coloque a un nivel adecuado. Es uno de los aspectos de la enculturación de la fe que forma parte de la misión de la Iglesia, en sintonía con la acogida del misterio de la Encarnación. Queridos hermanos y hermanas: el Señor Jesucristo, Verbo de Dios encarnado y divino Maestro que ha abierto el espíritu de sus discípulos a la comprensión de las Escrituras (Cf. Lucas 24, 45), os guíe y apoye en vuestras reflexiones. Que la Virgen María, modelo de docilidad y obediencia a la Palabra de Dios, os enseñe a acoger cada vez mejor la riqueza inagotable de la Sagrada Escritura, no sólo a través de la investigación intelectual, sino también de vuestra vida de creyentes, para que vuestro trabajo y vuestra acción puedan contribuir a que sea cada vez más resplandeciente ante los fieles la luz de la Sagrada Escritura. Al mismo tiempo que os aseguro el apoyo de mi oración en vuestro empeño, os imparto de corazón, como prenda de divinos favores, la bendición apostólica.

[Traducción del original italiano por Inma Álvarez y Jesús Colina]

2 -

LA AUTENTICIDAD DEL PENTATEUCO

P. Georges Habra - Tomado de CEP n. 7/8 (Biblia e Scienza):

La teoría "documentaria" que hoy domina, supone que la Biblia fue escrita y compilada tardíamente, después de la deportación de los judíos a Babilonia. La escritura "hebraica" con letras cuadradas lo demostraría, porque esos caracteres son caldeos. El Padre Habra muestra cómo todas esas objeciones contra la autenticidad del Pentateuco, proceden de un prejuicio, y lo muestra por analogía con la autenticidad de una composición musical.

La arqueología confirma por su parte la antigüedad del texto de Moisés.

- “¿Saben quién compuso la Sinfonía Heroica?”
- “¡Desde luego! ¡Beethoven, en 1803 !”
- “¡Pero qué ingénuos! Si ese Beethoven ha existido realmente (porque no se seguro), habrá hecho tal vez una mínima parte, si bien los expertos aún estan lejos de ponerse de acuerdo para indicar exactamente cuál. El verdadero autor fue un músico anónimo y mediocre, que nosotros llamamos el editor, el que ha hecho resultar esta sinfonía en su forma actual, a primeros del

siglo XX, que logró la proeza, a fuerza de plagiar, de atribuirla a un genio como Beethoven, a menos que el infame no haya pura y simplemente inventado a Beethoven (es una hipótesis, en todo caso, que no se puede descartar del todo).

Puesto que, vamos a ver: los dos formidables acordes del comienzo, que representan por sí solos una introducción a parte entera, son de Haydn. El famoso tema heroico que sigue, ha sido robado a Mozart: para confirmar lo que digo, por otra parte, basta ver si este tema no se parece, precisamente, al de la entrada de *"Bastien y Bastienne"* de Mozart. Luego la exposición, con sus largos crescendo y decrescendo tan característicos de un Rossini, ¡sin duda ha sido concebida por él! Y el desarrollo que sigue, con sus largos acordes en los metales, seguramente es obra de Richard Wagner. Primer momento de calma después de esa explosión de energía, y el segundo tema lírico con sin igual calor sobre el contrapunto de los violoncelos, es de Brahms; y así seguido hasta el final del primer movimiento, que de nuevo será conectado de nuevo por Haydn sobre los dos mismos acordes del comienzo.

¿El segundo movimiento se titula "Marcha Fúnebre"? ¡No cabe duda! Es Chopin, gran especialista de esa forma, el que ha concebido el tema musical. Después, la larga fuga que expresa toda la tristeza universal, es Bach. ¡Es una fuga, por lo tanto es Bach!

Pasemos a lo que sigue, que debe de estar llenos de interpolaciones de ese incalificable editor (lo llamaremos así, al no saber quién es, E), que no ha hecho más que infectar toda la sinfonía con sus supresiones, glosas, alteraciones, repeticiones... Ya que sólo los imbéciles ven en esta sinfonía una obra maestra del espíritu humano, de una prodigiosa belleza y unidad: un estudio más atento hace ver claramente todas las incongruencias de ese editor poco inspirado que, a pesar de sus progresos en el arte del plagio, no consigue disimular sus remiendos y sus contradicciones.

Veamos el último movimiento. Aquí hay una cabalgada seguramente escrita por Von Suppè, célebre protagonista de la cosa. Meyerbeer ha compuesto sin duda la parte ardiente-majestuosa que sigue (¡ah, esos cuernos!). Y el sublime pasaje en que se nos quiere hacer creer que Beethoven recuerda el ser mortal (largo diálogo cruzado entre los violines y los cuernos, que preceden la explosión final), ¿quién creéis que lo haya escrito? (Pregunta de 1000 dólares) Respuesta: Albinoni el melancólico... Ha ganado..."

–“¿Pero qué le sucede? –me dirán– ¡Decía que iba a hablar del Pentateuco y se ha puesto a hablar de Beethoven!”

–“Pues sí, del Pentateuco estoy hablando. Ya que lo que he imaginado sobre la Sinfonía Heroica, algo tan absurdo que no puede más que provocar la risa general, carcajadas sin fin, es precisamente lo que ha llegado; es una imagen, bien inferior a la realidad, de las elucubraciones de los exégetas modernos del último siglo sobre el Pentateuco (y en cierta medida, sobre tantos otros libros de la Biblia). De hecho, la realidad, de la que esta imagen es sólo una sombra, es mucho más dramática.

Esta es, muy esquemáticamente, la teoría de **Graf-Wellhausen** (así se llaman los dos personajes que la han inventado y aplicado), que reúne a la mayor parte de los exégetas modernos. Pero si digo “reúne”, no hay que creer que todos esten de acuerdo en todos los puntos de la teoría: no hay un solo punto, un solo pasaje de la Sgda. Escritura, en que los defensores de la teoría non diverjan, proclamando cada uno su propia opinión “científica”, de forma que hay una infinita cantidad de tesis “científicas” que se neutralizan entre sí y que chocan con gran estrépito. No sólo eso, sino que la teoría misma, como ha barrido las que la han precedido, por más que fueran “científicas”, un día inevitablemente será barrida por otra (ya hay señales que lo anuncian): es cuestión de tiempo.

Por lo tanto, según esta teoría, el Pentateuco, es decir los primeros cinco libros de la Biblia (Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio), atribuidos unánimemente por estos libros y por toda la Sgda. Escritura y la tradición a Moisés, no son obra de Moisés, sino una obra eteróclita, cuyos múltiples temas fueron compuestos, cada uno por su cuenta, por un autor o por un grupo de autores diferentes, en todo caso anónimos (la exégesis moderna nunca ha

podido indicar ninguno, salvo hipotéticamente), muchos siglos, a veces se llega a decir incluso mil años después del pretendido Moisés.

A uno de esos autores, los exégetas lo llaman en su jerga el “Yahvista” o “Jéhovista” (designado con una J), porque indicaría a Dios sistemáticamente con la palabra “Yahvé” o “Jéhovah”. Sería del reino de Judá y habría vivido en la primera mitad del siglo noveno a. C.

Al segundo lo llaman el “Elohista” (con una E), porque usaría sistemáticamente la palabra “Elohim” para designar a Dios. Sería del reino del Norte, del siglo octavo a. C.

El tercero, llamado el “Deuteronomista” (con una D), habría compuesto el Deuteronomio en tiempos de Josías (622 a. C.).

El cuarto, designado con una P (del alemán “Priestercodex”), al que se le atribuye el pretendido Código sacerdotal, de espíritu desesperadamente legalista y genealogista, sería tal vez Esdras, o en todo caso un autor que vivió después del exilio (quinto siglo a. C.)

En el ambiente del P habría existido el famoso escriba que le habría dado al Pentateuco su forma definitiva, la que nosotros conocemos. Ese escriba es una curiosa mezcla de rigor meticuloso, rabínico, y de laxismo, de deshonestidad desvergonzada. A veces, de hecho, copia servilmente, incluso cuando no entiende nada, los documentos mencionados, y otras veces se permite libertades realmente excesivas: interpola, resume, interpreta, deforma, retoca, pero es tan estúpido y torpe que a menudo se delata y no consigue disimular las contradicciones más evidentes. Ese escriba indecente, deshonesto, imbecil, resulta insoportable sobre todo a los exégetas modernos, famosos por su honradez intelectual y su brillante inteligencia... Cada vez que el análisis de estos exégetas no encuentra obstáculo, significa que ha copiado bien sus fuentes; pero apenas cae en alguna dificultad, la culpa es del escriba.

Con la teoría que aquí hemos expuesto, el desafío está lanzado, ningún compromiso es posible. O, como dice el inefable Julius Wellhausen, *“el periodo más reciente, en sus características internas y externas, inconscientemente ha sido proyectado en la antigüedad por los cabellos blancos y en ella se refleja como una imagen glorificada”*,¹ o bien los seguidores de semejantes teorías son... ¡los más prodigiosos paranoicos jamás existidos! Lo decidirá lo que sigue de nuestra investigación.

Una regla fundamental contra la cual peca esta teoría, como la farsa que hemos inventado sobre la “Sinfonía Heroica”, **es que cualquier obra genial, en cualquier tema, desde el momento que se demuestra genial, presenta por fuerza la característica de la unidad.**

Desde el momento que se supone la existencia de varios autores en su elaboración, se acaba por atribuirle una cierta cacofonía, y, por lo tanto, se le priva de las características de belleza y de unidad que son esenciales en toda obra genial.

Tan verdad es ésto, che S. Atanasio demuestra la existencia de un solo Dios por la armonía que se ve en la Creación: *“Viendo en el cuerpo la armonía de los miembros, dice, o sea, que el ojo no está en conflicto con el oído, la mano no está en desacuerdo con el pie, sino que cada miembro cumple su oficio sin discutir, de ahí comprendemos que hay necesariamente un alma en el cuerpo, cuyos miembros dirige, aunque no la veamos. Igualmente, en el orden y en la armonía del conjunto, se piensa necesariamente en Dios que gobierna todo; y en un solo Dios, no en muchos. Y el orden mismo de la organización de todas las cosas, así como su armonía en la concordia, muestra que hay un solo Logos, y no varios, que rige y gobierna esta armonía. Ya que, si fueran muchos para gobernar la creación, semejante orden en todas las cosas no sería mantenido, sino que, al contrario, estarían en un estado de desorden; a causa del número (de los que mandan), cada uno dirigiría todas las cosas según su voluntad luchando contra los otros... Y como alguien que oye de lejos una lira hecha con cuerdas múltiples y diferentes, y admira la armonía de sus acordes –es decir, que la cuerda grave no produce sola su sonido, ni la aguda ella sola, ni la mediana ella sola, sino que todas resuenan al unísono en un equilibrio estable– y de ahí concluye que la lira por fuerza no mueve por sí sola y que no la tocan muchos, sino que es un solo músico (aunque no lo vea)*

¹ - *Prolégomenes a l'Histoire d'Israël*, VIII, 2.

*que con su arte temple el sonido de cada cuerda según un acorde armonioso, así deduce que hay un solo gobernador y rey de toda la Creación”.*²

¡Los exégetas modernos no sólo nos piden que creamos que varios autores colaboraron, a la vez, para producir una obra maestra, sino, peor aún, que la produjeron progresivamente en épocas separadas por intervalos de varios siglos! ¡Es como pedir que creamos que el cuadro de “Santa Cecilia” no fue pintado por Rafael, sino por un pintor anónimo del siglo XX, que ha copiado de Miguel Angel el drapeado de la ropa, la mirada al cielo de Ingres, la mano izquierda de Modigliani, la derecha de Vermeer, etc., no sin hacer él mismo retoques de gusto discutible!

“Pero –se me podría replicar–, ¿acaso los músicos que tocan la Sinfonía Heroica no cooperan todos ellos en producir la misma obra maestra, y no se piensa hoy que Fidias se hizo ayudar por otros para hacer las estatuas del Partenón?”

En primer lugar, no es cierto que Fidias se haya hecho ayudar por alguien para hacer esas esculturas, ya que, si Lisippo pudo hacer él solo miles de esculturas, ¿por qué Fidias no podía hacer cientos? Pero aun cuando se hubiera hecho ayudar, seguramente habría sido de una forma instrumental y subalterna, como cuando un albañil da los primeros martillazos a un bloque de piedra para prepararlo a ser esculpido. Y de la orquesta, ¿quién no ve que los músicos colaboran de una manera puramente instrumental, y que no tienen ningún mérito en la concepción de la sinfonía? Su papel es exactamente el mismo que el de un escriba que copia la Odisea en un pergamino.

Por otra parte lo dice la experiencia: muéstrenme, en estos últimos 3 o 4 siglos, una sola obra maestra de literatura, escultura, arquitectura, pintura, etc., que tenga varios autores. ¡Pero qué digo! ¿En estos últimos siglos? En milenios: no encontrarán ninguna.

Precisamente porque no se encuentra ninguna donde estamos suficientemente documentados, para sostener esa tesis van a buscar en otros tiempos sus ejemplos. Pero si ninguna obra maestra ha sido compuesta por diferentes autores en las épocas que conocemos bien, lo mismo será en las épocas que no conocemos, y con mayor razón cuando la obra maestra es del calibre de la Iliada.

*“Hasta ahora aún no se ha visto –dice La Bruyère– una obra maestra intelectual que sea obra de muchos: Homero hizo la Iliada, Virgilio la Eneida, Tito Livio sus Décadas, y Horacio romano sus Discursos”.*³

Ahora, si el Pentateuco no es una obra maestra, yo no veo qué cosa podría serlo.

¿Cuál es el distintivo externo de una obra maestra, si no el hecho de que es inmortal, que atraviesa los siglos y los milenios siguiendo siempre viva, que es leída por los pueblos más diversos y lejanos en el espacio, en el tiempo y en la mentalidad, y que es una fuente potente y fecunda de ideas y de civilización?

Paul de Koch, en el siglo XIX, puede ser leído durante diez años más que esa o aquella obra maestra: pero no dura, ya que la posteridad es inexorable, distingue inmediatamente que la causa de su éxito no tiene nada que ver con el valor intrínseco de su obra, que es nulo. Pero una obra maestra es reivindicada antes o después.

Aquí, los temas de fondo son la caída del hombre y los esfuerzos incansables de Dios para salvarlo a pesar de la obstinación del hombre en resistirle.

Como en la sinfonía de Beethoven, esos temas de fondo forman la trama de toda la obra, se transforman uno en otro, zigzaguean, explotan, se transforman, pero siempre se reconocen, a veces indomables, a veces trágicos y fúnebres, para estallar en la alegría y en el triunfo.

Por eso, si no nos contentamos con ser espectadores externos –eso es lo que hace el análisis– sino que entramos con la intuición en la obra, identificándonos lo más posible con su chispa creadora, desposandola en toda su potencia y sus sinuosidades, no de forma abstracta, repito, sino concretamente, con todas las potencias de nuestro ser, entonces, si es una obra maestra, todo es armonía, las anomalías y contradicciones aparentes ya no serán anomalías ni

² - *Discursos contra los gentiles* (P.G. XXV, 76-77)

³ - *Les Caractères*, I.

contradicciones, sino relieves vinculados en una profunda unidad. Mientras que si tenemos escasez de intuiciones, entonces todo nos resultará oscuro, mal construido, mal relacionado, disonante, incoherente (véase de qué forma Voltaire interpretó a Pascal en sus “Cartas Inglesas”), y un elefante en una tienda de porcelanas finas haría menos daño que nosotros.

*“Sería un problema sencillo –dice Oswald T. Allis (uno de los raros exégetas modernos que sostiene valerosamente la autenticidad mosaica del Pentateuco, y lo ha hecho hasta en el título de su libro)– romper un globo de cristal en numerosos fragmentos y luego llenar un volumen con una descripción elaborada y una discusión sobre las diferencias que se notan entre los fragmentos así obtenidos, y sostener que esos fragmentos deben proceder todos de globos diferentes. La sola confutación concluyente será demostrar que, cuando están reunidos entre sí, forman de nuevo un solo globo. Después de todo lo que se ha dicho, la unidad y la armonía de los relatos bíblicos como se encuentran en la Escritura son la mejor confutación de la teoría según la cual esos relatos de fuerte armonía interna son el resultado de la combinación de varias fuentes más o meno distintas y contradictorias”.*⁴

Veamos por ejemplo la palabra “**Yahvé**” y “**Elohim**”. Como en todas las lenguas, esos sinónimos se distinguen por un matiz: “**Elohim**” designa a Dios más como Creador, mientras que “**Yahvé**” lo indica más bien como Redentor, El que es, El que “será con nosotros”, Dios salvador.

Así la serpiente, en el diálogo con Eva, se guarda bien de usar la palabra “**Yahvé**”, y dice cuatro veces “**Elohim**”. Por el contrario, el hagiógrafo (cap. 2-3 del Génesis) emplea el compuesto “**Yahvé Elohim**” veinte veces (¡más que en todo el resto del Antiguo Testamento!), con mucha intención, para mostrar la identidad del Dio de la Creación con el de la Redención.

Igualmente, el texto: “**Elohim** habló a Moisés y le dijo: Yo Soy **YHWH**. Me he mostrado a Abrahám, a Isaaco y a Jacob como **El Shaddai**, pero con mi nombre de **YHWH** no he sido conocido por ellos”,⁵ lejos de implicar que el tetragrama **YHWH** no era conocido por los patriarcas, como afirman ciertos exégetas en su delirio, sacando absurdas conclusiones, significa muy sencillamente que Dios no ha mostrado su brazo redentor en la época de los patriarcas, sino con Moisés, liberando a los israelitas de la esclavitud de Egipto y dandoles la Tierra Prometida, como dice el mismo texto pocos versículos después: “Yo Soy **YHWH**. Yo haré salir del dominio de los egipcios y os libraré de la esclavitud, os rescataré con brazo potente y con grandes castigos y os adoptaré como mi pueblo y seré vuestro Dios. Vosotros sabreis que Yo Soy **YHWH**, vuestro Dios, que os he hecho salir de la opresión de los egipcios, y os haré entrar en el país que a mano alzada he jurado dar a Abrahám, a Isaac y a Jacob, y os lo daré en posesión: ¡Yo Soy **YHWH**!”

En otros casos, la variación en el empleo de las dos palabras es debida al deseo de evitar la monotonía, preocupación permanente, no digo del genio, sino de cualquier buen escribano.

En vez de seguir estos principios tan elementales, dictados por el simple sentido común, los exégetas modernos han ido a excavar distintos filones en el texto, que serían debidos a autores diferentes. Su fracaso es evidente, puesto que, incluso siguiéndoles por este terreno, a veces se encuentra, por desgracia para ellos, la palabra “**YHWH**” en el filón “**Elohim**”, y la palabra “**Elohim**” en el filón “**YHWH**”, ¡a veces hasta en la misma frase!

¡Y lo que aún cuenta más, ambas palabras, lejos de excluirse, van unidas en un compuesto que aparece, como ya hemos dicho, 20 veces en el espacio de dos capítulos!

Es otro ejemplo de la incapacidad total de los exégetas modernos de entrar en el genio de un escritor. Esencialmente monótonos y aburridos, tanto que se necesita un valor sobrehumano para recorrer su prosa, están ciegos para todo lo que es belleza, variedad, unidad en la diversidad, síntesis, riqueza y profundidad.

Tomemos como ejemplo a San Basilio: al lado de un espíritu que se eleva a las más sublimes contemplaciones, hallamos en él al lógico que analiza a fondo una partícula, al

⁴ - “Los cinco Libros de Moisés”, VII.

⁵ - Es. 6, 2-3.

legislador, al poeta, así como al ritualista que ha marcado profundamente, con su liturgia, el rito bizantino. La divergencia evidente de estas características de su genio, no ha impedido que se reunieran en él para componer una armonía de las más raras, ya que el genio tiene esta característica, que une en una síntesis superior cualidades que se excluyen en los hombres comunes. Y aún no ha habido nadie, que yo sepa, que atribuya a un autor diferente cada una de las siguientes obras: “*Contra Eunón*”, “*Las Disposiciones Ascéticas*”, “*La Divina Liturgia de S. Basilio*”, el “*Tratado sobre el Espíritu Santo*”, etc., o que atribuya, en un determinado capítulo del “*Tratado sobre el Espíritu Santo*”, una frase a un filósofo de la escuela de Aristóteles (sigla A), otra a un ritualista inveterado, casi rabínico (sigla R), otra a un legalista (sigla L), y otra más a un discípulo de Platón (sigla P), etc.

¡Eso es lo que los exégetas modernos han hecho con el Pentateuco!

Si ser legislador y ser místico fueran cosas incompatibles, con mayor motivo lo deberían ser pintor, ingeniero, arquitecto, escultor, poeta: y entonces Miguel Angel, ¿cómo ha sido todo eso a la vez? ¿Y cuántas capacidades han reunido Leonardo da Vinci, Napoleón, Pascal, etc., capacidades que (si estos genios hubieran vivido en la noche de los tiempos) los exégetas modernos habrían escogido cuidadosamente, sin hacer ruido, para atribuirlos a personas distintas que su paranoia habría inventado y proyectado en el espacio y en el tiempo?

Pero aún hay algo peor: a lo largo de todo el Pentateuco se repite que Dios dio esas leyes a Moisés, que Moisés las escribió y las transmitió al pueblo de Israel, etc...

Y los modernos exégetas, desvergonzadamente replican: “¡No, no fue Moisés el que escribió el Pentateuco!” No se podría encontrar desmentido más formal. Veamos entonces quién es el que miente, si el autor del Pentateuco o estos exégetas.⁶

Es bien sabido que el estilo de un escritor lo revela por entero: si sus ideas se caracterizaran por la hipocresía, para un entendido su hipocresía se descubrirá a través de su estilo, como quiera que sea su máscara. Es que existe lo inconsciente, que no pide nuestro parecer para afirmar su existencia y nos juega malas pasadas.

Leamos por ejemplo “*Las flores del mal*”: aquí tenemos, de un modo no puede ser más transparente, a todo Baudelaire, católico al revés, campo de batalla constante entre la carne y el espíritu, que a menudo sucumbe a la primera ocasión sin complacerse y sintiendo al contrario una profunda amargura, bien visible en ciertas fotografías de Nadar y de Carjat. Además de un hombre que sufre terriblemente y que no tiene nada de impostor, en esa obra es palpable, por así decir, la densidad y la profundidad del pensamiento, su belleza plástica. Aun cuando el hombre es desesperadamente abstracto, poco expansivo y confidencial, como Kant, ese hermetismo y esa sequedad dejan su huella en el estilo y nos revelan al autor.

Dicho eso, apliquemos el principio al Pentateuco. ¿Cuál exigencia moral más grande y odio al pecado, que el que se revela a lo largo de toda la obra, desde el primer pecado hasta el diluvio y hasta la continua rebelión contra Dios en el desierto? ¿Cuál idilio más cándido, más conmovedor y de mayor frescura que el de Isaac y Rebeca, de Jacob y Raquel?

¿Qué mayor expansividad, delicadeza y belleza de sentimientos, que la historia de José? ¿Dónde hallar un sentido más profundo de lo divino y de lo sagrado, que en la aparición de la zarza ardiente y en el encuentro de Moisés con Dios en el Sinaí?

¿Cuál sentido más riguroso de la adoración al único Dios, unido a tal profunda benevolencia para con la debilidad humana, como en las partes legislativas tan despreciadas por los críticos?

¿Cómo podría ser, entonces, un impostor y un charlatán, un autor que demuestra semejante amor a la verdad, a la sinceridad, y que muestra tal sublimidad? (Eso sería atribuir a Moisés algo que sería pura invención por su parte). Puesto que no es posible ser a la vez inocente y astuto, sincero y falso, divino y charlatán.

Por otra parte ésto es lo que confiesa un estudioso que de vez en cuando dice la verdad, aunque no exclusivamente: “*Los eruditos bíblicos han sido engañados por la analogía con el*

⁶ - Por no decir Ntro. Señor: “*Si croyérais en Moisés, créeráís también en Mí, pues de Mí él ha escrito. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?*” (Juan, 5,46-47)

*mundo greco-romano antiguo, exagerando, más allá de cualquier analogía, la posibilidad de un piadoso fraude en la elaboración de relaciones escritas y de documentos. Casi todos los libros y textos del Antiguo Testamento han sido estigmatizados por un erudito al menos, como falsos literarios. Por consiguiente, no se puede subrayar demasiado que, en el medio Oriente antiguo, casi no existen signos documentales o literarios que acrediten la realidad de los falsos. Se conocen algunos falsos antiguos, en Egipto: inscripciones que pretenden ser de tiempos mucho más antiguos, como la pretendida estela de Bentresh y el decreto de Dioser, en un acantilado cerca de Elefantina. Pero se ha visto que las dos (inscripciones) pertenecen al periodo tolemaico, es decir, a un tiempo en que la ética del Oriente antiguo había desaparecido para siempre”.*⁷

A los testimonios que presenta el mismo Pentateuco, se añaden varios centenares del resto del Antiguo Testamento. Los profetas de todos los tiempos hablan constantemente de los tiempos lejanos de Moisés, de la Ley y de la liberación de Egipto, así como de los milagros. Si los autores del Pentateuco, según esa teoría moderna (o modernista), eran contemporáneos de esos profetas, ¿cómo se explica entonces que éstos, dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre por la mínima letra de la Palabra de Dios, hayan podido digerir tan fácilmente la aparición de esos falsos?

Evidentemente sólo un exégeta moderno, dispuesto a vender al mismo Dios por 100 francos, puede pensar semejante cosa. Y otra cosa más, siendo la parte legislativa (P) posterior a esos profetas, por fuerza el pueblo al que se dirigían no conocía la existencia de la Ley.

¡Explíquen entonces como es que los profetas condenaban con tanta vehemencia al pueblo por haber prevaricado contra una ley que todavía no habría existido!

Otra prueba de la falsedad de la teoría moderna es el Pentateuco samaritano.

Se sabe que Sargón II, después de conquistar la Samaria, deportó a sus habitantes y los sustituyó con asirios. Atacados por leones, los nuevos pobladores creyeron, en su superstición, que era porque no habían dado culto al dios del país... Así Sargón II les envió un sacerdote, tomado de entre los deportados, para instruirles en la religión del país. De este último recibieron el Pentateuco (excluyendo los demás Libros del Antiguo Testamento que hacían de Jerusalén el centro del culto y que por eso, en el momento del grande cisma, fueron rechazados por el reino del Norte) y adoptaron el culto al Dios de Israel sin renunciar (¡cosa extraña!) a su idolatría. Frustrados por negarles los judíos cualquier colaboración en la reconstrucción del Templo, se volvieron sus enemigos irreconciliables e inventaron el mito del monte Garizim como centro del culto querido por Moisés, pero ya no volvieron a la idolatría más que en ocasiones pasajeras. Se les conoce hasta hoy con el nombre de “Samaritanos”. Observan muy literalmente la Ley de Moisés y poseen copias antiguas de su Pentateuco, que tiene la particularidad de conservar la Escritura hebraica primitiva y no las letras arameas adoptadas por los judíos después de la primera deportación.

Ahora bien, si hubiera habido un filón P añadido al Pentateuco en el siglo V a. C. por Esdras, los Samaritanos, animados por un odio tan implacable contra Esdras y el nuevo Templo, y dominados por un complejo tan tremendo de inferioridad respecto a los judíos, no habrían dejado de denunciarlo. Sin embargo, no sólo no denunciaron nada, sino –a parte la corrupción que ellos introdujeron respecto al Garizim en Dt. 27, los dos Pentateucos son prácticamente idénticos. Por lo tanto Esdras no modificó para nada el Pentateuco recibido 250 años antes por los samaritanos, el cual representa sin duda una tradición mucho más antigua.

Es más, el exégeta moderno, con una desvergüenza sin igual, tendrá que desmentir a Jesucristo y a sus apóstoles, que repiten sin cesar que el Pentateuco ha sido escrito por Moisés, y que mencionan siempre “la Ley” antes que los “Profetas”.

Controlemos ahora lo que afirma el Pentateuco con los descubrimientos arqueológicos, ya que, si es un falso, escrito siglos después de Moisés, y, en algunas partes, después de mil años, los errores y los anacronismos resultarán numerosos. Cualquiera que sea el pretendido inmo-

⁷ - W.F. Albright: *De l'Age de pierre au Christianisme*, I, D (20 ed.)

vilismo de Oriente y por más hábil que sea el autor, se delatará en cada página, sobre todo porque su libro no es abstracto, no juega con puras ideas, sino que habla de la vida concreta en sus mínimos detalles.

Ese autor se presenta como historiador, estando por tanto en relación con acontecimientos tan importantes, de los que se encuentran testimonios contemporáneos (obras, estelas, enteras ciudades, descubrimientos de excavaciones, pirámides, etc...), que pueden desmentir rotundamente a nuestro falsario.

Pues bien, nunca para ningún otro libro en el mundo como para el Pentateuco (y para los restantes libros de la Biblia) se han movilizado, desde que el mundo es mundo, tantos estudiosos e investigadores de todo tipo, en su mayor parte con la expresa intención de desmentir la Escritura, y todos armados con el arsenal más sofisticado de la ciencia: paleógrafos, asiriólogos, egiptólogos, arqueólogos, hebraicistas, etc, todos dedicados desde hace dos siglos en el esfuerzo de escrutar el mínimo vestigio que tenga que ver de cerca o de lejos con la Biblia, de comprobar, comparar, oponer...

Voltaire un día gritaba triunfalmente: *“Los judíos no supieron leer ni escribir más que durante su esclavitud entre los caldeos, puesto que sus letras fueron al principio caldeas y después siríacas; nunca hemos conocido un alfabeto puramente hebraico”*.⁸

Ahora, ¡la arqueología ha mostrado la existencia de una lengua hebraica alfabética aún anterior al tiempo de Moisés! ¡Pero se sigue repitiendo por acá y por allá con desvergüenza el antiguo estribillo que aprendimos en la escuela, es decir, que fueron los fenicios los que inventaron el alfabeto al comienzo del primer milenio a.C.!

En 1930, en Ain Shemus, Elihu Grant *“descubrió un pedazo de terracota con una inscripción con tinta, en caracteres hebraicos antiguos, datable al menos del siglo XIV a. C. Mostrando la gran antigüedad de la escritura en Palestina y situando el uso de la escritura hebraica en un periodo anterior a Moisés, ese descubrimiento naturalmente fue clamoroso”*.⁹

Pero el más sensacional de los descubrimientos fue el de la misma época, hecho en Ras-Shamra (la antigua Ugarit), de un alfabeto de 27 letras en escritura cuneiforme, bien anterior a los fenicios.

Así resumía Albright, en 1946, el estado de la cuestión: *“El alfabeto fenicio ya era conocido por los cananeos desde la época del bronce reciente, como sabemos por una media docena de inscripciones (dos de las cuales, de una cierta longitud) pertenecientes al periodo entre el 1600 y el 1200 a.C. Este, a partir de tres o cuatro inscripciones descubiertas en Palestina, parece ser el mismo alfabeto, y es conocido desde una época todavía anterior (entre el 1700 y el 1500 a.C.). Que ese alfabeto haya sido conocido por los nómadas y por los cananeos sedentarios, es cosa cierta por inscripciones del primer periodo del Sinai, que va de 1800 a 1600 a.C. Que haya continuado a ser empleado por los nómadas (o que haya sido reintroducido entre ellos) es cierto por el hecho de que las formas de los caracteres alfabéticos empleados por los árabes del norte y del sur en el siglo VII a.C. se remontan a prototipos anteriori al 1400 a.C. Además, sabemos ahora que, además de la primera escritura de la cual procede el fenicio, los cananeos, hacia el 1400 a.C., usaban, para escribir, el cuneiforme accádico, el alfabeto cuneiforme de Ugarit y los jeroglíficos egipcios. Así que no nos podemos extrañar demasiado al encontrar que los descubrimientos arqueológicos, en la exacta medida de su alcance, confirman casi siempre la tradición israelita”*.¹⁰

El hace otras precisiones acerca del hebraico en un trabajo más reciente:

“De ciertas indicaciones de los nombres de los lugares, ahora es seguro que los habitantes del oeste de la Palestina y del sur de la Fenicia hablaban una forma de hebraico ya en tiempos muy anteriores al comienzo del tercer milenio a.C., si no antes. Hacia la mitad del segundo milenio a.C., ya existían al menos cuatro diferentes dialectos de hebraico, tres de los

⁸ - *Examen important de Milord Bolingbroke*, IV.

⁹ - W.F. Albright, *«Archéologie de la Palestine et la Bible»*, III, 3, (éd. 1933).

¹⁰ - *De l'Age de pierre au Christianisme*, I, D.

cuales pueden ser esbozados a partir de indicaciones de inscripciones, mientras que el cuarto, el primer hebraico, debe ser reconstruido a partir del hebraico bíblico, usando los métodos comparativos modernos de lingüística. Pero todos esos dialectos estaban vinculados muy íntimamente, diferenciándose entre ellos menos de cuanto no lo sean un número correspondiente de dialectos modernos, árabes o alemanes”.¹¹

Esto respecto a la lengua. En cuanto al contenido del Pentateuco, la arqueología lo ha confirmado constantemente. Así, los patriarcas son presentados en el Génesis como dedicados a una vida semi-nómada. Contaban con centros poco habitados a los cuales volvían continuamente: Siquem, Dótain, Béthel, Hebrón, Bersabea. Se desplazaban lentamente a lo largo de la región montañosa central, muy boscosa, pero con buenos pastizales, hasta el norte del Négev. Nunca se aventuraban hacia el desierto o hacia la llanura de la costa.

Ahora, las condiciones de vida 1000 o 1500 años más tarde, es decir, en la época en que los exégetas modernos sitúan a los autores del Pentateuco, eran tan cambiadas que habría sido simplemente imposible evocar con tan impresionante verdad aquella vida de los patriarcas: ya desde el comienzo del siglo XII a.C., la región montañosa estaba poblada por una población sedentaria cananea.

Así mismo, el origen mesopotámico de los patriarcas está confirmado de forma asombrosa. Ante todo, han sido hallados los nombres de los antepasados de Abrahám: Serug, Najor, Téráj, etc., así como los nombres de los lugares en la región de Haran.

Sucesivamente, los archivos descubiertos en Nuzi, al sur-este de Nínive, y otros, muestran constantemente la identidad de las costumbres mesopotámicas con las de los patriarcas. Por ejemplo, respecto al temor de Abrahám de que su heredero no fuera su hijo, la costumbre era que una pareja sin hijos adoptase uno, el cual se habría ocupado de sus padres adoptivos, encargándose de que tuvieran dignos funerales: en cambio, habría heredado sus propiedades. El contrato era anulado, al menos en parte, en caso de que naciera un hijo.

Invitamos al lector a leer atentamente Génesis 14. Son nombrados cuatro reyes, cuyo jefe parece ser Cadorlaomor, rey de Elam, llegados de la otra orilla del Eufrates, a librar una batalla contra cinco reyes en el valle de Siddim o mar de la Sal (es el actual mar Muerto). Antes de eso, viniendo del actual Hauran, derrotan a *“los Refaim en Astarot-Karnaim, a los Zuzim en Am, a los Emim en Save-Kiriataim”*. Pues resulta que esa vía era considerada por casi todos los arqueólogos, incluido Albright, *“como la mejor prueba del carácter esencialmente legendario del relato”*,¹² hasta el día en que... Albright en persona, en 1929, descubrió toda una línea de “tells” a lo largo de esa vía, del tercer milenio a.C. y comienzos del segundo; exploró las localidades mencionadas por el texto bíblico y probó que habían sido ocupadas precisamente en aquella época. Ese camino, en el tiempo en que los críticos sitúan la composición del Génesis, había dejado de ser utilizada desde hacía muchos siglos, tanto que el falsario ni siquiera habría podido sospechar su existencia.

Las cinco ciudades de los cinco reyes aliados eran Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim e Bela (Zoar), en una región de la que el Génesis dice: *“Lot levantó los ojos y vió que todo el valle del Jordán era un lugar regado por todas partes –antes de que Dios destruyera Sodoma y Gomorra– como el paraíso de Dios, como el país de Egipto...”*¹³

Pues bien, la arqueología ha revelado que ese valle de la “Pentápolis”¹⁴ era muy fértil y densamente poblada en tiempos de Abrahám, y que un enorme cataclismo en esa misma época la dejó desierta: *“los datos arqueológicos –dice Nelson Glueck– coinciden perfectamente con esta tradición literaria. En el 1900 a.C., aproximadamente, se produjo una destrucción tan radical de las grandes fortalezas y construcciones de la región (en los confines que hemos examinado) que la civilización particular que representaban nunca más volvió a resucitar”*.¹⁵

¹¹ - *Découvertes Récentes dans les Pays Bibliques*, XII, 1955.

¹² - Albright, *Archéologie de la Palestine et la Bible*, II, 2.

¹³ - Génesis 13, 10.

¹⁴ - Sabiduría 10, 6.

¹⁵ - *L'autre Côté du Jourdain*, V, 1.

¡Jamás un autor del octavo o del noveno siglo a.C., es decir, de la época en que la región era desértica, habría podido, ni siquiera soñando, imaginar semejante situación!

Veamos la Ley mosaica. Desde que en 1902 se descubrió el código de Hammurabi (que se puede ver en el Louvre), el triunfalismo de los exégetas de la escuela de Wellhausen ha perdido un poco de su arrogancia. Contrariamente a su tesis, es decir, que las leyes mosaicas reflejarían costumbres y condiciones de vida posteriores al destierro en Babilonia, esas leyes, por el contrario, se ha visto que están más bien emparentadas con las de Hammurabi y de otros pueblos, hittitas, asirios, etc., del segundo milenio a. C. (descubiertas poco después de código).

Respecto al Deuteronomio, Albright hace esta importante observación: *“El Código civil que presupone el Deuteronomio pertenece a una fase anterior al desarrollo del poder real, a la gran expansión de los siglos VIII y VII, y por consiguiente anterior a la desaparición de la antigua organización basada en la tribu y en el clan, la cual fue sustituida poco a poco, durante el periodo real, por un sistema de divisiones territoriales y de corporaciones comerciales. Las autoridades aún era elegidas localmente, en lugar de ser designadas por el rey”*.¹⁶

La misma escuela ha sostenido siempre que la Tienda de Reunión, en el desierto, no era más que una fantasía del tiempo del exilio, imaginada después del Templo de Salomón y del Templo, ideal, de Ezequiel. Sin embargo, *“muchos indicios, prosigue el mismo autor, indican para la Tienda de Reunión como fondo el desierto... Mientras que el cedro y el olivo fueron empleados para la construcción del templo de Salomón, sólo la acacia es mencionada en el relato de la construcción del Tabernáculo. El uso predominante del pelo de cabra para el tejido de la tienda, y de pieles de oveja y de cordero (ôrôt elîm, ôrôt tehashîm, Exodo 25. etc.), se basa sin duda en una buena tradición. Dejando a un lado toda otra consideración, la divergencia, en su conjunto, entre el plano de la Tienda y el del Templo de Salomón y del Templo ideal de Ezequiel, resultaría inexplicable si supusieramos que el Tabernáculo fuera una invención de los sacerdotes en el exilio... Entre los actuales eruditos bíblicos es común la idea de que el candelabro de siete brazos del Tabernáculo (Exodo 25,37) refleje el periodo babilónico, o incluso persa. Sin embargo, contra esa idea preconcebida, en la primera época del hierro,¹⁷ nunca más tarde, es precisamente cuando encontramos lámparas de terracota con 7 puestos para las mechas y el borde de la lámpara con siete muescas”*.¹⁸

Contra la autenticidad del Pentateuco, todavía se ponen objeciones como éstas:

1 – *“Pero entonces, ¿Moisés ha escrito la narración de su propia muerte?”*

- ¡Reconozcan al menos que, si hubiera habido un falsario en todo esto, habría tenido la astucia de no hacerle escribir a Moisés el relato de su muerte; de modo que nada demuestra mejor la autenticidad del Pentateuco como este detalle! Incluso cuando grandes espíritus (por ejemplo, Orígenes) creen que Moisés escribió (proféticamente) cómo fue su propia muerte, no es necesario ir tan lejos. La narración podría muy bien haber sido añadida, como un post-scriptum, por Josué o por cualquier otro profeta inspirado, sin que la autenticidad del Pentateuco quede afectada en lo más mínimo. A la muerte de Léon Bloy, su mujer añadió al “diario” del escritor algunas páginas para contar sus últimos instantes. Así, ¿quién a causa di ellas se atrevería a negar la autenticidad del “Journal” aun cuando la señora Bloy no las había firmado? ¿Por qué usas entonces dos pesos y dos medidas?

2 – *“Pero en Génesis 36, está escrito: “Estos son los reyes que reinaron en Edom antes de que reinara un rey en Israel”. ¿Por tanto el autor de esta frase sabía que había una monarquía en Israel y éste no pudo ser Moisés!*

- Esta objeción parte del prejuicio de que la profecía no sea posible. Sin embargo, la monarquía ha sido formalmente predicha por Moisés; por ejemplo: “Yo te haré muy, muy

¹⁶ - *Archéologie de la Palestine et la Bible*, III, 3.

¹⁷ - Para Albright, ésta corresponde al 1200-900 a.C.

¹⁸ - *Archéologie de la Palestine et la Bible*, III, 3.

fecundo; te haré que tú seas naciones y de tí saldrán reyes”¹⁹ (palabra de Dios a Abrahám). Véase también Deuteronomio 17.

3 - Y la mención de Dan, en Gén. 14, donde se dice que Abrahám persiguió al enemigo “hasta Dan”, cuando sabemos que el nombre de Dan no fue dado más que después de la conquista de la Tierra prometida: “Ellos llamaron Dan a la ciudad, por el nombre de su padre, que había nacido de Israel; pero antes el nombre de la ciudad era Lais”²⁰

- Respuesta: o hay otra Dan, al sur de Jerusalén según algunos arqueólogos (Garstang, Pétrie, etc.), o es una modernización del nombre hecha por el editor sagrado del Pentateuco para hacer comprensible la geografía al lector.²¹ En este caso, el antiguo nombre “Lais” ha sido modernizado en “Dan”. Lo mismo se puede decir de los nombres egipcios de la historia de José: “Ha sido indicado por algunos egiptólogos desde hace mucho tiempo que los nombres egipcios en esta historia son de época tardía y no pueden ser fechados antes del siglo X a. C. todo lo más. Concluir sin embargo que la historia de José es por consiguiente legendaria, o incluso una invención romántica de época más reciente, sería tan impropio como deducir, de la modernización aún más reciente de los nombres en la versión de los Setenta, que la historia de José fuera una compilación de los escribas alejandrinos.”²²

4 - Por último: - “¿Cómo puede Moisés hablar de sí mismo en tercera persona?”

- ¿Y cómo hizo de Gaule en sus “Memorias”? ¿Y Tucídides? ¿Y José? ¿Y César?



3 - LA VERDADERA ASTRONOMÍA BÍBLICA

(Tomado del 2º volumen de “¿Galileo tenía razón o se equivocó?”, de Fernand Crombette)

Según la Vulgata, Moisés habría descrito la parte astronómica de la Creación de esta forma:

“Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era informe y envuelta en nubes, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Y Dios dijo: «Hágase la luz». Y la luz existió. Y Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas, y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche: y fue tarde y fue mañana, primer día.

Y dijo Dios: «Hágase un firmamento entre las aguas, y que separe las aguas de las aguas». Y Dios hizo el firmamento, separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento. Y así fue.

Y Dios llamó el firmamento, cielo: fue tarde y fue mañana, segundo día.

Dios dijo después: «Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un solo lugar, y aparezca lo seco». Así fue. Dios llamó a lo seco tierra y a la masa de las aguas la llamó mar.

Dios vio que eso era bueno: fue tarde y fue mañana, tercer día.

Luego dijo Dios: «Que haya lumbreras en el firmamento del cielo para distinguir los días de las noches, y que sean signos para las estaciones, y sirvan de lumbreras en el firmamento del cielo para iluminar la tierra». Y así fue. Dios hizo dos grandes lumbreras: la mayor para presidir el día y la menor para presidir la noche, y las estrellas. Y Dios las puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, para presidir el día y la noche y para distinguir la luz de las tinieblas.

Y Dios vio que eso era bueno. Y fue tarde y fue mañana, cuarto día”.

No vamos a repetir todas las objeciones más o menos fundadas que personas más o menos competentes han hecho a esta exposición. Nos limitamos a ver algunas citas del Antiguo

¹⁹ - Génesis 17, 6.

²⁰ - Jueces 18, 29.

²¹ - Ndr. Los historiadores comenten cada día semejantes anacronismos, y también voluntariamente: pensemos en San Pietroburgo cuando se llamaba Leningrado, o en Koenigsberg, por ejemplo.

²² - Albright, «Archéologie de la Palestine et la Bible», III, 2.

Testamento escogidas por el astrónomo Couderc, que ha querido mostrar lo pueriles que eran las ideas de los hebreos sobre la constitución del mundo:

- Salmo 104,3: *El extiende los cielos como una tienda y forma con las aguas la bóveda de su morada.*
 Job, 37,18: *Los cielos sólidos como un espejo de metal.*
 Proverbios, 8,27: *El trazó un cerco a la superficie del abismo.*
 Exodo, 40,22: *El es quien coloca el cerco de la tierra y extiende los cielos como tela ligera.*
 Salmo 136,6: *Dios colocó la tierra sobre las aguas.*
 I Samuel, 2,8: *Ya que las columnas de la tierra son obra de Dios y sobre ellas ha apoyado el mundo.*

Evidentemente, si estas traducciones fueran exactas, haría falta admitir que estamos tal vez ante figuras poéticas, sin duda no ante datos científicos; que esos cielos que, según los hagiógrafos, serían una tienda, un espejo de metal, una tela ligera, serían de una estructura bien extraña, y que esta tierra, puesta encima de las aguas sobre las columnas que sostienen el mundo, sería un edificio bien curioso. Sería fácil, pero inútil, reprochar a la Ciencia concepciones no menos extrañas: el problema de la veracidad de la Biblia no estaría resuelto. Mejor es asegurarnos de si ha sido bien comprendida la Sagrada Escritura, examinando el hebraico.

El primer versículo del Génesis se escribe (de derecha a izquierda):

בראשית ברא אלהים את השמים ואת הארץ

Que escrito con letras latinas sería:

Beréschidjth Bôraha Ehèlohîdjm Hèth Haschschômadjim Ouehéth Hôharèç.

Traducción:

(1° renglón: hebraico):	Beré	H	Schi	Djth	Bô	Ra	Ha ()
(2° renglón: copto):	Br̄rre	Hê	Schi	Schs	Bo	Ra	Ha
(3° renglón: latín):	<i>Primus</i>	<i>Poni</i>	<i>Forma</i>	<i>Typus</i>	<i>Vox</i>	<i>Facere</i>	<i>Ex</i>
(4° renglón: italiano):	En primer lugar	Poner	Forma	Ejemplo (modelo)	Palabra	Hacer	Por

E	Hè	L	O	Hî (o Hî)	Djm	← ["Elohim"]
E	Hê	L̄	O	Hi (o Hi)	Djem	
<i>Qui</i>	<i>Initium</i>	<i>Facere</i>	<i>Res</i>	<i>Super (o Sub)</i>	<i>Invenire</i>	
Aquel que	Principio	Hacer	Cosa	Sobre (o bajo)	Imaginar	

H	Éth	H	Asch	Schôm	A	Djim
He	Eth	Hê	Asch	Djôm	A	Schêm
<i>Ratio</i>	<i>Qui</i>	<i>Poni</i>	<i>Suspendere</i>	<i>Volumen</i>	<i>Circiter</i>	<i>Excelsus</i>
Sistema	Que	Dispuesto	Suspender	Movimiento circular	En torno	Los cielos

Oue	H	Éth	Hô	Ha	Rèç	[o Rèç];
Oueh	He	Eth	Hô	Ha	Rêsi	[o Rèçi];
<i>Sequi</i>	<i>Ratio</i>	<i>Qui</i>	<i>Consistere</i>	<i>Sub</i>	<i>Terra</i>	[o Sol, Auferre];
Después	Sistema	Que	Mantenerse	Debajo	Tierra	[o Sol, Quitar];

El texto, coordinado, resulta:

"Habiendo puesto en primer lugar la Forma ejemplar, Aquel que, al principio, ha hecho las cosas de lo alto y las de lo bajo, hizo con su Palabra el sistema que está puesto suspendido en movimiento circular en torno a los cielos, y a continuación el sistema que se mantiene debajo, la tierra, sacada del sol".

El primer versículo del Génesis, así restaurado, aparece notablemente rico. Sabemos el sentido del Nombre divino generalmente escrito *Elohim*. Dios es designado así como el Creador de todas las cosas. Por eso es llamado *Ehèlohîdjm* a lo largo de todo el primer capítulo del Génesis que trata de la creación, cuya narración se completa en el tercer versículo del capítulo 2. A partir del cuarto versículo de este segundo capítulo, Dios es llamado solamente *Djehouôh-Ehèlohîdjm* (*Yahveh-Elohim*) hasta el capítulo 4° exclusivamente.

Este pasaje habla de cómo fue organizado el Paraíso terrenal y el pecado original cometido después de la creación de la mujer a partir del hombre. Seguidamente el Nombre divino en general es escrito *Djehouôh*, palabra que se descompone en:

Dje	H(e)	O	Ou	Ô	H(e);	← ["Yahvèh"]
le (estado pres. 1ª persona)	He	O	Ou	Ô	He;	
<i>Ego</i>	<i>Ratio</i>	<i>Esse</i>	<i>Hic</i>	<i>Esse</i>	<i>Ita;</i>	
Yo	Naturaleza	Ser	Aquel	Ser	Seguro;	

es decir: *"Yo soy por naturaleza Aquel que es seguramente"*.

Dios aquí es considerado como lo que es en Sí mismo y no ya solamente en acción.

Esta es la verdadera razón del empleo por parte de Moisés de estas distintas denominaciones. Un cierto Jean Astruc (1753), que sin duda se creía muy ingenioso, había descubierto que Moisés, para nombrar a Dios, se servía unas veces de la palabra *Jéhovah* (*Yahvè*) y otras de la palabra *Elohim* porque había sacado su relato de dos fuentes antiguas y distintas, empleando cada una de estas dos expresiones por separado. Esas dos fuentes no coincidían, y no habiendo sabido Moisés adaptar una a la otra, resultaban discordancias en su exposición.

Esta idea de dos autores diferentes: el "Yavista" y el "Elohista", ha sido adoptada y amplificada incluso por un gran número de estudiosos y de exégetas, que han sacado la conclusión obligada de que Moisés no escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo sino humanamente, y que la Biblia no es rigurosamente veraz sino sujeta al error, como todas las producciones humanas.

¡Vaya trabajo había hecho nuestro Astruc! Habría estado en su sitio, mejor en un colegio de alta crítica protestante que entre el pueblo judío o católico. Pero aún mejor habría sido para él, como para todos los que lo han seguido, empezar preguntándose ante todo el por qué del uso de esos dos nombres. Es lo que hacemos nosotros, precisamente por motivo de la importancia primordial de la cuestión, para establecer el valor documentario del relato mosaico.

La crítica de Jean Astruc atañe en particular al Diluvio, en cuya redacción Moisés parece haber mezclado sin sentido los nombres de *Yahveh* y de *Elohim*. No tenemos la intención de volver a repetir aquí en detalle toda la traducción de la historia del Diluvio; lo haremos sin duda en una parte de nuestro trabajo reservada particularmente a la Biblia. Pero no es necesario que el texto esté citado por entero para resolver el caso que nos interesa.

La narración del Diluvio está en los capítulos 6, 7, 8 y 9 del Génesis, pero los últimos nueve versículos del capítulo 9 cuentan la culpa de Canaan y de Cam contra Noé, netamente posterior a la gran inundación. Así mismo, los ocho primeros versículos del capítulo 6º son una especie de preludio que anuncia la narración, ya que los versículos 8 y 9 van separados del título que sigue, que se puede comprender como la abreviación de

Pehou Pe Peh Be, que significa: *El agua superior, rota, se derrama*.

Pe = *artículo*; Hou = *aqua*; Pe = *super*; Peh = *disrumpere*; Be[be] = *effundere*.

Este preludio, no perteneciendo efectivamente al relato, se relaciona con los textos anteriores en que Dios es designado con el nombre de *Djehouôh* (*Yahveh*), y es el mismo al principio del capítulo 6º donde este nombre aparece tres veces.

Es también el caso, por dos veces, de *Benédj Ha Ehèlohidjm*: los hijos de *Elohim*; pero los hombres no pueden ser designados como los hijos de *Djehouôh*, el Ser por esencia; sólo la segunda y la tercera Persona de la Santísima Trinidad poseen esta prerogativa [de "proceder" del Padre]; los hombres no pueden ser llamados hijos de Dios más que en cuanto criaturas suyas, y el Dios creador es *Ehèlohidjm*. Con lo cual, los dos nombres con que Dios es designado se explican muy bien.



Quisiera seguir el tema hasta ahora tocado sólo de forma fragmentaria y no sistemática, en relación con la credibilidad de las fuentes cristianas. Existe en efecto una verdad profunda que no puede pasarse en silencio y sobre la cual hace falta reflexionar: si los santos Evangelios son realmente historia, si cuentan un hecho efectivamente ocurrido ante testigos oculares, entonces el «desafío» de la fe no puede dejar indiferente. La idea de un hecho que forma la sustancia de la adhesión personal a una Verdad revelada, pone al cristianismo en una perspectiva necesariamente diferente respecto a las demás creencias y tradiciones religiosas; es una pretensión que, si es verdad, nos pone ante una de dos: o absolutamente verdadero o absolutamente falso.

El lector sabrá sin duda que el soporte para la escritura mayormente empleado en la antigüedad era el papiro. Se hace de la médula extraída del tallo triangular de la planta de papiro, del cual, una vez quitada la corteza, se obtenían tantas tiras muy sutiles, cortadas en el sentido de la longitud del tronco. Las tiras obtenidas se ponían después en remojo (lavadas) y dejadas macerar, para ayudar a que saliera el jugo de la planta, el cual produce así una especie de cola capaz de tener unidas las diferentes tiras, colocadas una al lado de la otra. Las hojas se ponían después a secar, se prensaban y si hacía falta se alisaban con piedras. Las técnicas de elaboración son sin embargo diferentes, como son de diferentes calidades los papiros encontrados.

Existían en resumen dos métodos para poner juntas las hojas de papiro: el primero consistía en encolar una hoja al lado de la otra, para obtener un rollo, con los extremos enrollados precisamente a un bastoncito. El lado sobre el que se escribía el rollo se llamaba «*recto*» (que quedaba en el lado interno del rollo), el otro lado «*verso*» (en el lado externo del mismo rollo); raro es el rollo «*opistógrafo*», escrito por los dos lados. La lectura se hacía desenrollando el rollo con una mano por un lado y envolviendolo por el otro con la otra mano. Normalmente el texto estaba escrito dividido en columnas paralelas. La técnica de elaboración del papiro influía notablemente en los precios; por eso los escribas trataban de «ganar espacio» utilizando la así llamada *scriptio* continua y sin acentos o signos de ortografía; eso (el coste del trabajo) fue también uno de los motivos que hizo pasar del «**rollo**» al «**códice**» (el segundo método; hacia finales del siglo I después de Cristo).

El **códice** se parece mucho a un libro; la lectura se hacía pasando las páginas y no desenrollando: estaba escrito por ambos lados en hojas rectangulares que se doblaban después en dos o cuatro partes; después eran cosidas juntas, para formar precisamente el códice. Es importante subrayar que el cristianismo primitivo comprendió inmediatamente la utilidad del códice; de hecho fue el primero que abandonó el rollo. No obstante se pueda decir que el rollo haya sido utilizado a partir del primer siglo, su abandono para pasar al códice fue lento (los fragmentos más antiguos en absoluto son: **P.Yale 1**, de papiro, escrito entre los años 80 y 100 después de Cristo, y **P.Oxy. I 30**, códice de pergamino en latín, escrito alrededor del año 100 después de Cristo: el primero es un pasaje del Génesis, el otro, una obra latina no conocida).

El cristianismo anticipó los tiempos, tal vez también porque, como sostiene el estudioso Skeat, fue necesario congelar el canon del Nuevo Testamento (en particular de los 4 Evangelios) así como poderlo llevar con mayor facilidad (de lo contrario habría sido necesario tener rollos de más de 30 metros, limitandonos sólo a los Evangelios).

En honor de la verdad, hay que decir que existían otras versiones en papiro de documentos: los **palimpsestos**. Se trata de manuscritos en lo que se ha escrito sobre un texto preexistente, borrado de alguna forma. El motivo de la superposición depende tal vez de motivos económicos (se quería ahorrar, pensando acaso que varía la pena sacrificar obras paganas en pro de una obra cristiana que escribir encima: pero estamos en terreno de hipótesis).

Entre finales del siglo III después de Cristo y primeros del siglo IV, cambia el soporte material utilizado por la Sgda. Escritura: del **papiro** gradualmente se pasa al **pergamino** (cuyo uso está atestiguado de todas formas desde el siglo VI a.C.), que se obtiene con pieles de animales (el

tratamiento de las pieles consistía en afeitado, limpieza, secado, lisura y blanquearlas con cal). Se prefirió el pergamino al papiro, sobre todo por su mejor conservación.

Tras esta debida premisa, entremos en el tema. No existen textos antiguos que hayan llegado hasta nosotros en la forma del «original». El cual se reconstruye solamente mediante comparación entre las diferentes versiones del texto que se han conservado. Ya en esto existe un dato extraordinario para el cristianismo: **los documentos originales, que son del primer siglo, ya resultan, si bien parcialmente y de modo fragmentario, documentados con papiros en forma de códice del siglo I o de la primera mitad del siglo II.** Ningún otro texto de la antigüedad puede presentar una proximidad así, de documentación manuscrita.

Segunda reflexión importante: ningún texto antiguo es capaz de presentar **una forma canónicamente bien definida** (pensemos en los poemas de Homero, por ejemplo, o en los tratados de filosofía: para ellos hubo que esperar la Edad Media: ¡Tácito, Suetonio, Dion Cassio, Flavio José, Filón Alejandrino y otros son documentables en su obra completa sólo después del siglo X!), como por el contrario pasa con la Sagrada Biblia (que **ya en el siglo IV después de Cristo presenta incluso dos códices completos:** el *Codex Vaticanus (B)17* y el *Codex Sinaiticus (a)*).

Esto es debido precisamente a que el dato textual era tratado con sacralidad y por tanto rigurosamente respetado (citado y escrito varias veces). Si eso es verdad, por el contrario es absolutamente falso pensar que la escasez de otra documentación se haya debido a que la cristiandad se preocupó de cancelar la producción de los textos paganos precedentes; es verdad lo contrario. La cultura cristiana salvó textos antiquísimos y los reprodujo; tal afirmación se confirma fácilmente si se mira al extremo Oriente (India, China) o bien las Américas precolombianas, en que el cristianismo era ausente: la actividad de amanuense fue principalmente cristiana.

Pasemos ahora revista a los testimonios en papiro de mayor interés.

Particularmente interesante es el estudio de los rollos del Mar Muerto por parte del jesuita José O'Callaghan, profesor del Pontificio Instituto Bíblico. Se declaró capaz de probar la plena correspondencia de algunos fragmentos encontrados en las grutas de Qumran; hablamos en particular del quinto fragmento de la séptima gruta: **7Q5**, identificado con **Marcos 6,52-53**; y del cuarto fragmento: **7Q4**, identificado, sólo en parte, con **1ª Timoteo 3,16-4,1.3** (sin embargo, también había identificado como textos neotestamentarios otros varios fragmentos de la séptima gruta: **7Q8= Santiago 1,23-24**; **7Q6= Hechos de los Apóstoles 27,38**; **7Q7= Marcos 12,17**; **7Q9= Romanos 5,11-12**; **7Q10= 2ª Pedro 1,15**; **7Q15= Marcos 6,48**).

La datación cierta del primer fragmento **7Q5** es **del año 50 después de Cristo**. La comunidad científica está dividida; una parte niega pleno valor a las tesis del jesuita (¿pero cómo podría ser lo contrario? Negarían hasta la evidencia los enemigos de la verdad). Origenea atestigua que el primer Evangelio escrito fue el de Mateo (cuya primera versión fue en hebraico), ¡no el de Marcos!, por tanto **la datación del comienzo de la redacción del Nuevo Testamento se acerca mucho a la crucifixión, muerte y resurrección de Cristo. Eso hace a los escritos absolutamente seguros.**

Los papiros de Magdalen (P64)

El estudioso Peter Thiede, siguiendo un acercamiento paleográfico *standard* –mediante comparación entre el estilo de escritura del **P64** y el de otros papiros de datación más segura, en particular los de Qumran (*stop* arqueológico en el 68-70 después de Cristo) y los de Herculano (*stop* arqueológico en el 79 d.C. - erupción del Vesuvio)– y empleando instrumentos tecnológicamente de vanguardia, como el microscopio electrónico, concluyó que el fragmento **P64** sería incluso datable del siglo I d.C., escrito alrededor del 50 d.C. (antes de la guerra judaica). La hipótesis no es aceptada uniformemente en doctrina, pero sin duda obliga a reexaminar –retrodatando– la época de la primera redacción, evitando colocarla muy lejos en el tiempo.

El Papiro de Rylands (P52): fragmentos del Evangelio de Juan (Jn 18,31-33. 37-38)

Hay uniformidad por parte de la comunidad científica al datar estos fragmentos en torno al 125 d.C.; el códice, escrito en griego (escritura continua), contiene un pasaje del Evangelio de San Juan: es la narración del diálogo entre Jesús y Pilato, cuya efectiva existencia histórica ha sido recientemente confirmada (en 1961) por el hallazgo en Cesarea Marítima de una lápida del siglo I, en la que se lee claramente el nombre de Pilato. El 125 d.C. obliga a una reflexión importante: entre el original de S. Juan (ciertamente de finales del siglo I) y este pedazo de papiro habrían pasado menos de 30 años: ninguna otra obra de la antigüedad tiene hallazgos manuscritos tan cercanos al original.

El Papiro Chester Beatty II (P46), al principio datado del 180-200 d.C. (finales del siglo II) que contiene fragmentos de cartas de S. Pablo, ha visto una nueva hipótesis de datación por parte del papirologo Young Kyu Kim, el cual ha propuesto que este papiro sea retrodatado incluso a finales del siglo I.

El Papiro Egerton. La datación para la escritura del papiro se coloca alrededor del 140-160 d.C., haciendo de él un fragmento griego muy antiguo, de comienzos del siglo II.

No existe, no sólo una fe, sino ni siquiera una historia que tenga tanto crédito y tanto espacio documental. No querer creer, basándose en una propia proclamada ciencia constituye cada vez más un acto falso, irracional y paradójicamente no científico.



La Iglesia, en su sabiduría milenaria, siempre ha relacionado Antiguo y Nuevo Testamento porque sabe que la Sgda. Escritura es una sola cosa, algo entero, que sólo a la Luz de Cristo, que viene en el Antiguo y que viene en el Nuevo, puede comprenderse. Cada parte de la Escritura hace referencia a las otras y viceversa.

La Mujer cuyo talón acecha la serpiente y cuya estirpe le aplastará la cabeza, en Génesis 3,15, es la Mujer vestida de sol con la luna bajo sus pies y con una corona de doce estrellas sobre su cabeza, en Apocalipsis 12,1. Y viceversa.

La imagen del dragón que, in Apocalipsis 12,4, con la cola arrastra un tercio de las estrellas del cielo haciéndolas caer a la tierra es la antigua serpiente del paraíso, en el libro del Génesis, mostrando al final lo que es sólo implícito al principio: la caída de Lucifer, el ángel rebelde del *non serviam* (véase también Apocalipsis 12, 7-9).

Estos ejemplos demuestran que el primero y el último libro de la Biblia se hacen referencia uno al otro: «*Yo soy el Alfa y la Omega*». Lo mismo, sin embargo, vale también para todos los demás libros de la Escritura que entre ellos están estrecha e inseparablemente vinculados.

La liturgia de la Misa del domingo 29º del tiempo ordinario (año C) venía a propósito para recordar a muchos que la fe cristiana neotestamentaria no puede prescindir del Antiguo Testamento. En efecto, en esa liturgia la primera lectura es del Libro del Exodo (17,8-16). Esa lectura del Antiguo Testamento está en relación con la parábola evangélica, que termina con la misteriosa amonestación de Cristo «*Pero cuando el Hijo del hombre vuelva, ¿hallará fe sobre la tierra?*», parábola en la que Jesús dice la insistencia de una pobre mujer a un juez para que le hiciera justicia y del juez que al final cede a esa insistencia (Lc 18,1-8).

Por su parte, la lectura del Libro del Exodo cuenta una lucha entre los israelitas y los amalecitas, probablemente por la posesión de un pozo de agua, siempre preciosa en el desierto. Un choque cuyo resultado fue determinado por los brazos de Moisés levantados en oración. Cuando el anciano patriarca levantaba los brazos al cielo, en gesto de entrega y de plegaria, los israelitas prevalecían, pero cuando por el cansancio dejaba caer los brazos prevalecían los amalecitas. ¿Qué significa todo eso?

Se trata del valor de la oración, del encomendarse a Dios contra los enemigos, tanto internos, las pasiones, como externos, aquellos que atacan con violencia a quienes abren el corazón al Espíritu, contra los que se entregan al Señor y son su pueblo. Era la oración de Moisés para obtener la victoria a los israelitas.

En la parábola evangélica, es la insistencia de la mujer lo que hace que el juez la escuche y le haga justicia. Pues, como dicen los místicos, para que Dios nos escuche, nuestra oración ha de ser constante, incesante, perseverante, insistente, y, sobre todo, que salga del corazón y no sólo de los labios.

La conexión litúrgica que la Iglesia ha establecido entre Antiguo y Nuevo Testamento, de la que hemos visto un ejemplo, significa esto: que todos los eventos del Antiguo Testamento, de la historia de Israel, tienen un valor tipológico de los hechos de la vida de Cristo, y por igual razón de la misma Iglesia, que es el Cuerpo Místico y Visible de Cristo que continúa en la historia.

Así, el paso del Mar Rojo es evento tipológico de la Pascua, del paso de la muerte a la Vida en la Resurrección.

El maná en el desierto es evento tipológico de la Eucaristía, del Pan que viene del Cielo.

Los 40 años de purificación en el desierto se relacionan, tipológicamente, con los 40 días de ayuno de Cristo en el desierto y los 40 días que El, después de la Resurrección, se detuvo en la tierra antes de su Ascensión al Cielo.

También el Pentecostés cristiano está estrechamente relacionado con la Revelación de Dios en el Sinaí. La homónima fiesta hebraica recordaba de hecho la teofanía a Moisés de “Aquel que Es” (“*Yo soy el que Soy*”) en la zarza que ardía sin consumirse. Exactamente como ardía sin quemarse el Espíritu Santo, en forma de lenguas de fuego cuando bajó sobre María y los Apóstoles. El Sinaí, por tanto, como evento histórico tipológico de la efusión del Espíritu Santo después de la Ascensión.

Ahora, la tipología, o sea el significado teológico de ciertos eventos, supone necesariamente, como la Gracia supone la naturaleza, la historicidad esencial de esos eventos.

De lo contrario la fe se reduce a una gnosis, a un espiritualismo desencarnado.

El que –y son muchos– desprecia el Génesis como un mito de tipo sumérico no ve que, más allá de las imágenes empleadas en ese texto, contiene, respecto a los mitos de aquel tiempo, un significado revelado absolutamente distante de la cultura mítica de entonces. Detrás del *fiat* está la revelación del Verbo creador, la revelación de que el mundo no es fruto de la casualidad sino de un Amor infinito y transcendente. La imagen de Dios que, como un artesano, plasma a Adán (término que en hebraico significa simplemente hombre) con la arcilla y lo hace un ser viviente mediante el soplo del espíritu, nos revela que el hombre, como quiera que sea aparecido en la tierra, ha sido querido, proyectado, como el único entre las criaturas, dotado de espiritualidad, de capacidad de Dios. El Génesis, aun usando el lenguaje propio de épocas antiguas y de culturas míticas, nos dice que el hombre ha sido querido para ser amado, para instaurar Dios con él un diálogo de amor. Por eso es por lo que sólo el hombre ha sido dotado de espíritu. No las demás criaturas.

Lamentamos, por tanto, tener que contradecir a Finkelstein, el cual afirma de forma apodíctica que la actual ciencia arqueológica sería capaz de encontrar huellas del paso del más pequeño grupo humano, aun a distancia de milenios. Pensamos que aquí, en cierta arrogancia persiste el antiguo vicio positivista: que la ciencia sería capaz de explicarlo todo y dar certezas. Al contrario, la gran revolución científica del siglo XX, que empezó en física y luego pasó a todas las demás ramas del saber, que ha permitido superar el estrecho determinismo del siglo XIX, se basa en una sola certeza: que la ciencia nunca puede darnos certezas absolutas y definitivas.

Hoy día, entre los historiadores está superado el determinismo de origen hegeliano, que se conocía antes como historicismo, o sea la pretensión de que en la historia hubiera inmanente una *ratio* o necesidad, no transcendente, que habría llevado a la humanidad hacia el mejor de los mundos posibles, hacia el sol radiante del porvenir. Ningún historiador diría hoy que ya estaba escrito que Napoleón había de perder en Waterloo.

Igualmente, ningún historiador se permitiría hoy decir que cualquier dato documental del pasado pueda darnos absoluta certeza sobre como hayan sido efectivamente las cosas. La historia sólo puede reconstruir los hechos del pasado con más o menos probabilidades, pero no puede pretender decirnos con absoluta certeza que un evento haya ocurrido o no y cómo se haya verificado.

Esto es el post-moderno: la caída de la arrogancia cientista, que en historiografía se llamaba historicismo y que pintaba el camino de la humanidad como un progreso inmanente y sin transcendencia.

Finkelstein sostiene que en la época en que el correspondiente libro bíblico pone al éxodo no era posible atravesar el desierto porque el camello aún no había sido domesticado. Veamos entonces otras fuentes de información a propósito de la domesticación del camello:

*«En el inmenso territorio de los beduinos el camello no es un animal importado. Cuando los primeros beduinos, los 'hijos de Ismael', llegaron en el 2º milenio antes de Cristo, lo encontraron. Es un animal que vivía en esa área en estado salvaje antes de ser domesticado. Existen claras evidencias de su presencia ya en el periodo de los cazadores, antes del 6000 antes de Cristo (Tchernov, 1974) (...). Según las informaciones arqueológicas actuales, parece que el camello fue domesticado por primera vez en la segunda mitad del 2º milenio antes de Cristo. En Arabia, las primeras figuras de camello doméstico conocidas en el arte rupestre son del segundo milenio antes de Cristo (E. Tchernov, 1974, páginas 240-241). En el Negev y en el Sinaí las figuras más antiguas de camello son del primer milenio antes de Cristo. En los territorios fértiles, la primera representación de camello doméstico es de la época de Tiglat-Pileser, a finales del siglo XII a.C.»*²³

Estas otras dataciones, sobre la domesticación del camello, son compatibles con el periodo del éxodo bíblico. Otros estudiosos sitúan la domesticación del camello en el siglo XIII a.C.. Por tanto se puede decir que ese animal fue domesticado en un periodo que va por lo menos del 1500 al 1000 a.C.. Así que, aun admitiendo que el animal inicialmente hubiera sido domesticado en Arabia, nada impide considerar verosímil que ya estuviera difundido, como animal doméstico y medio de transporte, en todo el próximo Oriente, incluido Egipto, en el periodo al que se refiere el libro del Exodo (al principio o, según las hipótesis, a finales del siglo XIII).

Por lo que se refiere al faraón del éxodo, para Rolf Rendtorff, Yohanan Aharoni y Michael Avi-Yonah, las ciudades depósito de Pitom y Ramses, citadas en el libro del Exodo, son de tiempos del faraón Ramesés I, aunque hubieran sido sucesivamente ampliadas y reconstruidas también por su nieto, Ramesés II (1290-1224). De ahí que los estudiosos citados individualizan a Ramesés II como el faraón opresor y a Meneptah (1224-1222), su sucesor, como el faraón del Exodo, el cual por lo tanto habría tenido lugar hacia finales del siglo XIII antes de Cristo.²⁴

Dice Finkelstein que el libro del Exodo e incluso el Génesis revelan el panorama, las circunstancias y las costumbres del siglo V, cuando (dice él) fue escrito. Dice, por ejemplo, que ni Abrahám ni José habrían podido viajar en camello, por la tardía domesticación de ese animal. Un argumento realmente infantil.

Se dice que el actual texto del Pentateuco fue puesto por escrito en los siglos VI/V, al regreso de la cautividad en Babilonia. Pero se dice también que el material usado para esa redacción escrita era de tipo oral, mnemónico, tradicional en el sentido de transmisión de generación en generación. ¿Y qué transmitían esas memorias?

Que Abrahám emprendió un viaje llamado por un misterioso Dios hacia una tierra prometida (realidad geográfica y por tanto histórica, que por otra parte es figura tipológica del cuerpo prometido, del cuerpo glorioso resucitado). Que José fue llevado a Egipto con una caravana de mercaderes. Pero –dice Finkelstein– en tiempos de Abrahám (1850-1800 a.C.) y de José (cuya historia, con toda probabilidad, se sitúa entre el 1700 y el 1400 a.C.) las caravanas viajaban a pie o todo lo más con ayuda de asnos. ¡Y eso, según él, oscurecería la verdad, sustancial, del relato bíblico!

Repetimos: un razonamiento de verdad pueril, que menifiesta una postura preconcebida debida, con toda probabilidad, al hecho de que Finkelstein pertenece al partido ateo o laico que en Israel se contrapone a los religiosos ultraortodoxos y a los sionistas religiosos.

²³ - Cfr. Autores varios "L'Umana Avventura", número 8/79, página 89.

²⁴ - Cfr. Rolf Rendtorff, "Introduzione all'Antigo Testamento", Turín, 1990, página 23; Yohanan Aharoni y Michael Avi-Yonah, "Atlante della Bibbia", Casale Monferrato, 1987, página 44. Un estudio riguroso es el de F. Crombette, como puede verse en el libro de Noël Derose «Las plagas de Egipto y el paso del Mar Rojo».

El redactor bíblico del siglo VI/V tenía en las manos la narración de un viaje de Abrahám y de una deportación forzada de José. Eso es lo esencial del relato tradicional. No el hecho de que el viaje y la deportación se hicieran cabalgando un asno o un camello. El redactor del siglo VI/V, mirando a su realidad de cada día, ha escrito de un viaje en camellos, porque así era en su tiempo. Pero ¿sólo por eso, se habría inventado sin más ni más, de arriba abajo, por ocultas estrategias de dominio político o de propaganda étnica, las dos historias de Abrahám y de José?

Los historiadores del arte conocen bien el fenómeno del anacronismo iconográfico. Estamos pensando en este momento (citamos de memoria, pidiendo excusa por no recordar en este instante ni el autor ni el museo en que ahora está expuesto) en un cuadro del siglo XVI que representa a Anibal en la batalla de Cannas. El general cartaginés está representado con ropas orientales típicas de los turcos otomanos de ese siglo. Es evidente que el pintor ha representado un episodio históricamente auténtico –la batalla de Cannas– imaginando sin embargo a Anibal como un sultán turco, que en aquella época era el terror de toda Europa. ¿Podemos, sólo por eso, decir que ese cuadro es un falso histórico, o que la batalla de Cannas es un mito inventado para glorificar el poder militar de Cartago? Tal vez, también, el pintor se sirvió del tema en cuestión para desear, casi supersticiosamente y con intención propagandista, la derrota del turco, como a final fue derrotado Anibal, aunque había vencido en Cannas. Pero, en la sustancia, él ha representado un hecho absolutamente histórico.

Finkelstein recuerda que en la época en que es colocado bíblicamente el éxodo, el único recorrido practicable entre Egipto y Palestina era por la costa, que así evitaba el desierto sinaítico. Y ese camino era muy controlado por los egipcios que revisaban las caravanas de nómadas que iban o venían de Egipto, pretendiendo aranceles y peajes, de manera que habría sido imposible a los que huían pasar por esa ruta inobservados. ¡Pero esa era precisamente la cuestión! Se trataba de esclavos en fuga. Si hubieran sido capturados de nuevo su suerte habría sido trágicamente marcada: o la muerte o una esclavitud peor. Era, por tanto, gente que se estaba jugando todo, confiándose ciegamente a un misterioso Dios de los padres que durante siglos no se había manifestado y que por eso había sido casi del todo olvidado. Y cuando se está jugando la vida no se sigue la vía normal y controlada, por la que van todos. Se escoge la vía más peligrosa, la que posiblemente no es utilizada por nadie o por pocos aventureros. La vía peligrosísima del desierto, que, sin una ayuda providencial, significa muerte segura. Indicio de esta decisión sin alternativas es el terror, testimoniado por el libro bíblico del Exodo, que pronto se adueñó de los fugitivos y que les hizo revolverse contra el mismo Moisés. Hasta el punto que una parte de ellos, prevaleciendo por un momento, pide y decide volver atrás con la esperanza de ser perdonados por los egipcios. Para propiciar su regreso, que significaba también un regreso al culto sincretístico y pagano que con toda probabilidad los fugitivos habían practicado en Egipto durante siglos, se dan a adorar el becerro de oro. Lo cual sin duda habla de la tentación pagana de Israel pero también nos da un clara señal de historicidad, porque el becerro adorado en una imagen por los fugitivos no era sino el Buey Apis (la zoolatría era un carácter prehistórico de la compleja religión egipcia) que habían conocido en Egipto.

Recientemente se ha publicado también en Italia la obra del egiptólogo Ahmed Osman, que cree haber identificado el bíblico patriarca José, vendido por sus hermanos y que llegó a ser en Egipto consejero del faraón, con Yuga, ministro y comandante de su ejército sobre el carro del faraón Amenothep III (aproximadamente en 1405-1367 a.C.). Los rasgos de la momia de Yuga, de hecho no son propiamente egipcios. Osman basa su hipótesis en una serie de datos y circunstancias que serían compatibles con el relato bíblico.²⁵

Siguen siendo hipótesis, tanto las conclusiones de Finkelstein como las de Osman.

Dos cosas, sobre todo, no se pueden compartir de la tesis de Finkelstein (tesis que esconde una opción anti-sionista igual y complementariamente dialéctica a la de los arqueólogos filo-

²⁵ - Cfr. Ahmed Osman “*I Faraoni Ebrei dell’Antiguo Egipto*”, Newton Compton. Versión italiana de la obra inglesa “*Stranger in the Valley of the Kings*”, Freethought Press, 1987. Esta hipótesis no es posible, porque los israelitas se llevaron su cuerpo al salir de Egipto, como él les había pedido (Gén 50,25, Es 13,9).

sionistas): ante todo la idea de que esa invención de la Biblia fuera hecha con fines de propaganda o de hegemonía política, y en segundo lugar que esa invención fuera hecha para separar étnicamente a un grupo. La separación, que en efecto hubo, fue más bien motivada por la fe monoteísta y por la necesidad de preservarla en un ambiente politeísta (todo el asunto es una continua lucha contra las tentaciones sincretistas dentro de Israel).

En cuanto a las razones de la fusión de las diversas tradiciones orales en el único cánon bíblico, en realidad la causa fue la necesidad de poner de acuerdo, después del destierro en Babilonia, a dos distintos grupos de israelitas –en polémica entre ellos–, los que habían permanecido en Palestina, que reconocían en Abrahám su propio origen y tendían a dejar en segundo plano la memoria de Moisés, y los deportados y repatriados, que reconocían (como era natural para los que estaban viviendo un segundo éxodo) sus orígenes en Moisés, a costa de la memoria abramítica.

¿Quiénes estaban verdaderamente en casa? ¿Los primeros o los segundos? La respuesta de los sacerdotes que codificaron el cánon fue: los dos.²⁶

La decisión de los sacerdotes codificadores fue motivada por el hecho de que, aunque los dos grupos fueran portadores de una memoria en parte diferente, se trataba sin embargo de una memoria común del mismo único Dios que se había revelado, en tiempos y circunstancias distintas, tanto a Abrahám como a Moisés. Y no sólo a ellos. También, por ejemplo, a Melquisedek, rey, probablemente cananeo, de Salem (que significa Paz y prefigura a Jerusalén o sea la Ciudad de la Paz) y a Job, que era idumeo: en otras palabras, el único Dios se había revelado a los hombres, ya antes de la formación de Israel, mostrando después la voluntad de escoger entre ellos y formarse un pueblo teologal. Pueblo teologal que ha hallado, precisamente mientras los israelitas eran cortados del Olivo Santo (dice San Pablo) su perfección y su sucesiva continuación en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Nuevo/Verdadero Pueblo de Dios. Un pueblo, Israel, reunido por tanto en torno a una llamada de gracia –la vocación de Abrahám y la Alianza de Moisés– y no a un primado étnico o político: aquí –y sólo aquí– el separatismo étnico-religioso israelítico, que continúa después de Cristo, es absolutamente reprobable.

En efecto, se si cree –como creemos los cristianos– en la inspiración sobrenatural de la Escritura, precisamente este elemento de progresiva revelación es el que la ha formado y la tiene unida. Pero si no se cree, las cosas cambian. Pero en tal caso no es posible refugiarse sólo en el significado espiritual del texto, que sin duda existe y tiene prioridad. Porque, haciendo así, o sea, quitando toda base histórica a la Escritura, la fe se reduce a una gnosis que rechaza, con la historicidad esencial, también la Encarnación.

La fe cristiana está inseparablemente vinculada al Antiguo Testamento. Es inseparable precisamente porque siendo el cumplimiento y la superación del mismo no puede prescindir de él, so pena del absurdo de un Cristo que, en la historia, aparecería de repente de la nada y que tal vez, para gozo de los ufólogos, alguno sería tentado –entre tantas fantasías de esta época descristianizada hay ya quien lo va diciendo– de suponerlo extraterrestre, habitante del planeta gamma.

En nuestro anterior artículo, Exodo, hemos recordado la así llamada **hipótesis documentaria**, formulada al comienzo del siglo XX por Wellhausen.

«Esta teoría documentaria clásica –explica la Introducción al Pentateuco de la Biblia de Jerusalén–, que entre otras cosas está relacionada con una concepción evolucionística de las ideas religiosas en Israel, siempre ha sido discutida; algunos todavía la rechazan en bloque; otros la aceptan sólo con arreglos a veces importantes; no hay dos autores que coincidan del todo en la distribución exacta de los textos entre los diferentes ‘documentos’. Sobre todo, hoy día hay bastante acuerdo en reconocer que la simple crítica textual no basta para explicar la composición del Pentateuco. Hay que añadir un estudio de las formas literarias y de las tradiciones orales y escritas que han precedido la redacción de las fuentes. Cada una de ellas, aun la más reciente (P), contiene elementos muy antiguos. El descubrimiento de las literaturas

²⁶ - Cfr. Stelle Villeneuve e Thomas Römer, en “*Il mondo della Bibbia*”, número 103, mayo/junio 2010.

muertas del cercano Oriente y el progreso hecho por la arqueología y por la historia en el conocimiento de las civilizaciones cercanas a Israel han mostrado que muchas leyes o instituciones del Pentateuco tenían paralelos extra-bíblicos muy anteriores a las dataciones que se atribuyen a los 'documentos' y que numerosos relatos suponen un ambiente diverso –y más antiguo– de aquel en el que esos documentos habrían sido redactados. Diferentes elementos tradicionales se conservaban en los santuarios o eran transmitidos por narradores populares. Fueron constituidos en ciclos, luego fueron puestos por escrito bajo la presión de un ambiente o por mano de una personalidad eminente. Pero esas redacciones no representan un final: fueron revisadas, recibieron añadidos, fueron combinadas entre ellas para formar el Pentateuco que nosotros tenemos. Las 'fuentes' escritas del Pentateuco son momentos privilegiados de un largo desarrollo, puntos de cristalización en corrientes de tradición que tienen orígenes más altos y que han seguido brotando».

Por lo que se refiere al problema de la armonización de las dos principales tradiciones, la ya citada Introducción a la Biblia de Jerusalén explica que:

«Hace falta... tener en cuenta un hecho importante. A pesar de las características que los distinguen, las narraciones yahvista y elohista refuerzan en sustancia la misma historia: esas dos tradiciones tienen por lo tanto un origen común. Los grupos del sur y los del norte compartían una misma tradición, que reunía con un cierto orden los recuerdos del pueblo sobre su historia: la sucesión de los tres patriarcas, Abrahám, Isaac y Jacob; la salida de Egipto unida a la instalación en Transjordania, última etapa antes de la... tierra prometida. Esta tradición común se formó en forma oral (...). Esa continuidad (tradicional) tiene un fundamento religioso: ha sido la fe en Yavhé lo que ha cementado la unidad del pueblo; la misma fe ha unificado el desarrollo de la tradición. Los comienzos del yahvismo están dominados por la personalidad de Moisés. Él fue el iniciador religioso del pueblo y su primer legislador. Las tradiciones anteriores, que desembocan en él, y el recuerdo de los acontecimientos que él ha dirigido se han convertido en la epopeya nacional; la religión de Moisés ha marcado para siempre la fe y las prácticas del pueblo; la ley de Moisés ha quedado como su norma. Las adaptaciones impuestas por los cambios de los tiempos se hicieron según su espíritu y se cubrieron con su autoridad. Importa poco que nosotros no podamos atribuirle con seguridad la redacción de ninguno de los textos del Pentateuco: él es el personaje central y la tradición... tenía razón en llamar al Pentateuco el libro de la ley de Moisés. A esas tradiciones, que eran el patrimonio vivo de un pueblo, que le daban el sentimiento de su unidad y sostenían su fe, sería absurdo pedir el rigor que emplearía el historiador moderno, pero sería igualmente ilegítimo negarles toda verdad porque les falta ese rigor (...). Es... una historia religiosa: todos los cambios decisivos están marcados por una intervención divina y todo aparece como providencial: concepción teológica verdadera desde un punto de vista superior, pero que no tiene en cuenta la acción de las causas secundarias; además los hechos son introducidos, explicados y agrupados para demostrar una tesis religiosa: que hay un Dios (único) (...). Pero esos relatos son históricos en el sentido que narran, a su manera, acontecimientos reales; dan una imagen fiel del origen y de las migraciones de los antepasados de Israel, de sus vínculos geográficos y étnicos, de su comportamiento moral y religioso. Las sospechas que han rodeado esos relatos deberían ceder ante el testimonio favorable que les dan los descubrimientos recientes de la historia y de la arqueología orientales (...). Israel, que llega a ser un pueblo, hace... su entrada en la historia general y... lo que la Biblia dice concuerda, en general, con lo que los textos y la arqueología nos enseñan sobre la bajada de los grupos semitas a Egipto, sobre la administración egipcia del Delta, sobre el estado político de la Transjordania. La tarea del historiador moderno es confrontar esos datos de la Biblia con los hechos de la historia general. Con las reservas que imponen la insuficiencia de las indicaciones de la Biblia y la incertidumbre de la cronología extra-bíblica, se podrá decir que (...) (los datos bíblicos) coinciden con las informaciones de la historia general sobre la residencia de los faraones de la XIX dinastía en el delta del Nilo, sobre el debilitamiento del control egipcio en Siria-

Palestina al finales del reino de Ramsés II, sobre las turbaciones que sacudieron todo el cercano Oriente al final del siglo XIII. Esos datos van de acuerdo con las indicaciones de la arqueología sobre el comienzo de la edad del hierro, que coincide con la llegada de los israelitas a Canaan».

Aunque los eventos bíblicos tienen una historicidad suya esencial, lo que más nos interesa es el significado revelado y teológico de aquellos hechos históricos.

En el discurso de apertura del sínodo de las iglesias cristianas orientales, Benedicto XVI nos ha dado una página excepcional de su magisterio, que recorre el significado bíblico de la lucha contra los dioses, contra los poderes mundanos, que el Dios de Abrahám, el Dios Encarnado en Cristo Jesús entabla pidiendo a los hombres que tomen una decisión de salvación. El Papa no se ha limitado a una lección de historia de la salvación, sino que ha indicado también algunas de las potencias mundanas, de los dioses de hoy.

«Teniendo en cuenta –ha dicho Benedicto XVI– (de) la conexión entre **Theotókos** y **Mater Ecclesiae**, nuestra mirada va al último libro de la Sagrada Escritura, el Apocalipsis, donde, en el capítulo 12, aparece precisamente esta síntesis. La Mujer vestida de sol, con doce estrellas sobre su cabeza y la luna bajo sus pies, da a luz. Y da a luz con un grito de dolor, da a luz con gran dolor. Aquí el misterio mariano es el misterio de Belén ampliado al misterio cósmico. Cristo nace siempre de nuevo en todas las generaciones y así asume, recoge la humanidad en sí mismo. Y ese nacimiento cósmico se realiza en el grito de la Cruz, en el dolor de la Pasión. A ese grito de la Cruz pertenece la sangre de los mártires.

Así, en este momento, podemos dar una mirada al segundo Salmo de esta Hora Media, el Salmo 81, en el que se ve una parte de este proceso. Dios está entre los dioses, que todavía son considerados en Israel como dioses. En este Salmo, en una concentración grande, en una visión profética, se ve la pérdida de poder de los dioses. Los que parecían dioses no lo son y pierden el carácter divino, caen a tierra. **Dii estis et moriemini sicut homines** (cfr. Salmo 81, 6-7): la pérdida de su poder, la caída de las divinidades. Ese proceso que se realiza en el largo camino de la fe de Israel, y que aquí es resumido en una única visión, es un proceso verdadero de la historia de la religión: la caída de los dioses. Y así la transformación del mundo, el conocimiento del verdadero Dios, la disipación de las fuerzas que dominan la tierra, es un proceso de dolor.

En la historia de Israel vemos como esa liberación del politeísmo, ese reconocimiento –‘sólo El es Dios’– se realiza en tantos dolores, empezando por el camino de Abrahám, el destierro, los Macabeos, hasta Cristo. Y en la historia continúa ese proceso de la caída del poder, del que habla el Apocalipsis en el capítulo 12; habla de la caída de los ángeles, que no son ángeles, no son divinidades sobre la tierra. Y se realiza realmente, precisamente en el tiempo de la Iglesia naciente, en que vemos cómo con la sangre de los mártires son despojadas de poder las divinidades, empezando por el emperador divino, todas esas divinidades. Es la sangre de los mártires, el dolor, el grito de la Madre Iglesia que las hace caer y así transforma el mundo. Esa caída no es sólo el conocimiento de que ellas no son Dios; es el proceso de transformación del mundo, que cuesta la sangre, cuesta el sufrimiento de los testigos de Cristo.

Y mirándolo bien, vemos que ese proceso nunca se acaba. Se realiza en los distintos periodos de la historia de forma siempre nueva; también hoy, en este momento, en que Cristo, el único Hijo de Dios, debe nacer para el mundo con la caída de los dioses, con el dolor, el martirio de los testigos. Pensemos en las grandes potencias de la historia de hoy, pensemos en los capitales anónimos que esclavizan al hombre, que ya no son cosas del hombre, sino un poder anónimo al que sirven los hombres, del cual son atormentados los hombres e incluso masacrados. Son un poder destructivo, que amenaza el mundo. Y luego el poder de las ideologías terrorísticas. Aparentemente en nombre de Dios se hace violencia, pero no son Dios: son falsas divinidades, que deben ser desenmascaradas, que no son Dios. Y luego la droga, ese poder que, como una bestia voraz, extiende sus manos en todas partes de

la tierra y destruye: es una divinidad, pero una divinidad falsa, que debe caer. O también el modo de vivir propagado por la opinión pública: hoy se hace así, el matrimonio ya no cuenta, la castidad ya no es una virtud, etc.. Esas ideologías que dominan, que se imponen con fuerza, son divinidades. Y en el dolor de los santos, en el dolor de los creyentes, de la Madre Iglesia de la cual formamos parte, deben caer esas divinidades, debe realizarse lo que dicen las Cartas a los Colosenses y a los Efesios: las dominaciones, las potestades caen y son sometidas por el único Señor Jesucristo.

De esta lucha en la que estamos, de esa pérdida del poder de los dioses, de esa caída de los falsos dioses, que caen porque no son divinidades, sino poderes que destruyen el mundo, habla el Apocalipsis en el capítulo 12, también con una imagen misteriosa, de la cual, me parece, hay sin embargo varias bellas interpretaciones. Dice que el dragón arroja un gran río de agua contra la Mujer en fuga para arrastrarla. Y parece inevitable que la Mujer se ahogue en ese río. Pero la buena tierra absorbe ese río, el cual no puede hacerle mal. Yo pienso que el río sea fácilmente interpretable: son esas corrientes que dominan a todos y que quieren hacer desaparecer la fe de la Iglesia, la cual no parece tener más un puesto ante la fuerza de esas corrientes que se imponen como la única racionalidad, como el único modo de vivir. Y la tierra que absorbe esas corrientes es la fe de los sencillos, que no se deja arrastrar por esos ríos y salva a la Madre y salva al Hijo. Por eso el Salmo dice –el primer salmo de la Hora Media– la fe de los sencillos es la verdadera sabiduría (cfr. Salmo 118,130). Esta sabiduría verdadera de la fe sencilla, que no se deja arrastrar por las aguas, es la fuerza de la Iglesia. Y hemos vuelto al misterio mariano.

*Y hay también una última palabra en el Salmo 81, ‘**movebuntur omnia fundamenta terrae**’ (Salmo 81,5) vacilan los cimientos de la tierra. Lo vemos hoy, con los problemas climáticos, como son amenazados los fundamentos de la tierra, pero son amenazados por nuestro comportamiento. Vacilan los fundamentos exteriores porque vacilan los fundamentos interiores, los fundamentos morales y religiosos, la fe, de la cual deriva el recto modo de vivir. Y sabemos que la fe es el fundamento, y, en definitiva, los fundamentos de la tierra no pueden vacilar si permanece firme la fe, la verdadera sabiduría.*

*Y después el Salmo dice: ‘**Levántate, Señor, y juzga la tierra**’ (Salmo 81,8). Así decimos también nosotros al Señor: ‘**Levántate en este momento, toma la tierra entre tus manos, protege a tu Iglesia, protege la humanidad, protege la tierra**’. Y encomendémonos de nuevo a la Madre de Dios, a María, y oremos: ‘**Tú, la gran creyente, tú, que has abierto la tierra al cielo, ayúdanos, abre también hoy las puertas, para que sea vencedora la Verdad, la Voluntad de Dios, que es el verdadero bien, la verdadera salvación del mundo**’. Amén».²⁷*

Ora, aunque el Papa no lo diga abiertamente, entre esas ideologías terrorísticas se debe contar también al sionismo, que representa, si bien en la variante judaica, una idolatría pagana de la nación, de la raza, y además conexas con una perspectiva escatológica intramundana, de clara idea milenarística.

Se había dado cuenta Israel Zolli, el rabino jefe de Roma durante la Segunda Guerra Mundial, al regreso de Palestina, en los años treinta del siglo XX, adonde había ido para comprobar cómo se iban realizando las esperanzas de los jóvenes sionistas que había ayudado personalmente a emigrar a Tierra Santa. Profundamente decepcionado por lo que había visto y que no le parecía anunciar nada de bueno para el futuro del judaísmo, escribió:

«La Biblia, fuente de piedad, camino que lleva a Dios, se ha vuelto monumento nacional (...). ¡Y un profesor de la universidad de Jerusalén afirma que el Reino del Mesías, según la concepción hebraica, es de este mundo! Es como si se sacrificase el Reino por el reino... Mi alma se ha vestido de luto. Allá abajo me he sentido excluido, exiliado, extranjero en la casa en que había nacido. No comprendía y no podía ser comprendido. ¿Es acaso la idea del

²⁷ - El discurso de Benedicto XVI puede verse en Effedieffe y en Vatican.va.

'reino', me preguntaba, que había inflamado el ánimo y la palabra de Isaías? Jeremías fue asesinado por su demasiado amor: le hicieron sufrir y lo mataron por haber amado demasiado (...). ¿Y se apagó sin tener un eco la oración según la cual '**mi casa**' estaba destinada a ser '**una casa de oración para todos**'? ¡No '**la Casa**'! Han hecho de ella una '**home**', una casa y nada más que una casa²⁸. Naturalmente ha habido el renacimiento de la lengua, de la literatura, de la ciencia, es decir, de todo lo que hace falta para amueblar la '**home**'. No sólo una casa habitable, sino una casa también embellecida. Y así es como me entristecía y moría; moría un día tra otro, una hora tras otra, para renacere en la gran luz de Cristo».²⁹

Regla áurea para comprender la Escritura es tener siempre presente que la «letra sola mata» porque «el espíritu ilumina la letra». Lo cual, sin embargo, no significa que la letra deba ser eliminada. También ella tiene sus derechos y su espacio. En la base de toda exégesis auténtica está ante todo la letra.

Ahora, letra significa también historicidad, en su sentido esencial. Una base histórica es siempre necesaria a la Revelación, como la naturaleza a la Gracia. Si la Gracia perfecciona la naturaleza sin eliminarla, la Revelación, el Espíritu, ilumina, sin eliminarla, la historia. Pero es necesario siempre un equilibrio entre Revelación e historia, espíritu y letra, que sólo la Sabiduría puede dar. No la presunción catedrática de quien cree que puede acercarse al Misterio con los pobres instrumentos humanos a nuestra disposición.

Es por eso que Cristo da las gracias al Padre por haber revelado esas cosas a los sencillos de corazón y haberlas escondido a los doctos e inteligentes, según el mundo.

Alguien tendrá que explicárselo a Finkelstein.



6- RELACIONES ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

Presentación del Cardenal Joseph Ratzinger
al documento «El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana»,
publicado el 24 de mayo de 2001 por la Comisión Pontificia Bíblica, de la que era presidente,
en calidad de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

* * *

En la teología de los Padres de la Iglesia la pregunta sobre la unidad interna de la única Biblia de la Iglesia, compuesta de Antiguo y Nuevo Testamento, era un tema central. Que eso no era ni de lejos un problema sólo teórico, se puede percibir palpablemente en el camino espiritual de uno de los más grandes maestros de la cristiandad, San Agustín de Hipona.

Agustín había tenido a los 19 años, el año 373, una primera experiencia profunda de conversión. La lectura de un libro de Cicerón —el *Hortensius*, actualmente perdido— le había provocado un cambio profundo, que él mismo describe retrospectivamente: «A Ti, Señor, se dirigían mis plegarias. Empecé a levantarme, a volver hacia Ti. Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía por levantarme de la tierra hacia Ti» (Conf. III 4,81).

Para el joven africano, que cuando niño había recibido la sal que le convertía en catecúmeno, estaba claro que un retorno a Dios tenía que ser un retorno a Cristo, que él sin Cristo no podía verdaderamente encontrar a Dios. Por eso pasó de Cicerón a la Biblia. Pero allí experimentó una terrible decepción: **en las difíciles prescripciones de la Ley del Antiguo Testamento, en sus complicadas y a veces también crueles historias no podía reconocer la Sabiduría a la que él se quería abrir.**

En su búsqueda dio con personas que le anunciaban **un nuevo cristianismo espiritual, un cristianismo que despreciaba el Antiguo Testamento como no espiritual y repugnante, un**

²⁸ - La referencia es a la idea sionista del 'hogar nacional'.

²⁹ - Citado en J. Cabaud "Il rabbino che si arrese a Cristo - la storia di Eugenio Zolli rabbino capo a Roma durante la Seconda Guerra Mondiale", ediciones San Paolo, Milán, 2002, páginas 60-61.

cristianismo con un Cristo que no necesitaba el testimonio de los profetas hebreos. Aquella gente prometía un cristianismo de la razón pura y sencilla, un cristianismo en el cual Cristo era el gran Iluminador, que llevaba a los hombres al verdadero conocimiento de sí mismos. Eran los maniqueos.³⁰

La gran promesa de los maniqueos se demostró engañosa, pero con eso el problema no quedaba resuelto. Agustín sólo se pudo convertir al cristianismo de la Iglesia Católica después de haber conocido, a través de Ambrosio, **una interpretación del Antiguo Testamento que hacía transparente la Biblia de Israel a la luz de Cristo y así hacía visible la Sabiduría que él buscaba.**

Con ello Agustín superó no sólo el desagrado externo por la forma literaria no satisfactoria de la antigua traducción latina de la Biblia, sino sobre todo el rechazo interior hacia un libro que más parecía un documento de la historia de la fe de un pueblo determinado, con todas sus peripecias y errores, que la voz de una Sabiduría venida de Dios y dirigida a todos. Esa lectura de la Biblia de Israel, que por sus caminos históricos descubre el camino hacia Cristo y con ella la transparencia hacia el mismo Logos, la Sabiduría eterna, no sólo fue fundamental para la decisión de fe de Agustín: fue y es fundamental para la decisión de fe de toda la Iglesia.

Pero esa lectura ¿es verdadera? ¿Puede ser fundamentada y asumida aún hoy día? Desde la perspectiva de la exégesis histórico-crítica parece, por lo menos a primera vista, que todo habla en contra de ello.

Así el año 1920 el eminente teólogo liberal Adolf von Harnack formuló la tesis siguiente: *«rechazar el Antiguo Testamento en el siglo II (alude a Marción), fue un error que la gran Iglesia condenó con razón; mantenerlo en el siglo XVI fue un destino al que la Reforma todavía no se podía sustraer; pero, desde el siglo XIX, conservarlo todavía en el protestantismo como documento canónico, de igual valor que el Nuevo Testamento, es consecuencia de una parálisis religiosa y eclesiástica».*³¹

¿Tiene razón Harnack? A primera vista, parece que muchas cosas hablan a favor de él. Si la exégesis de Ambrosio abrió para Agustín el camino hacia la Iglesia y, en su orientación fundamental –naturalmente muy variable en los detalles–, se convirtió en fundamento de la fe en la Biblia como palabra de Dios en dos partes y sin embargo una, se podrá objetar inmediatamente:

Ambrosio había aprendido esta exégesis en la escuela de Orígenes, el primero que la aplicó de modo consecuente. Pero Orígenes en eso –según se dice– sólo había trasladado a la Biblia el método de interpretación alegórica que el mundo griego aplicaba a los escritos religiosos de la antigüedad, especialmente a Homero. Por tanto, no realizaría sólo una helenización de la palabra bíblica extraña a su íntima esencia, sino que se habría servido de un método que en sí mismo no era creíble, porque en último término estaba destinado a conservar como sagrado lo que en realidad no era más que testimonio de una cultura incapaz de ser adaptada al presente.

Pero la cosa no es tan sencilla. Orígenes, más que en la exégesis homérica de los griegos, podía apoyarse en la interpretación del Antiguo Testamento que había surgido en ambiente judío, sobre todo en Alejandría con Filón como adalid, la cual procuraba de modo bien original hacer accesible la Biblia de Israel a los griegos que desde hacía tiempo preguntaban, más allá de sus dioses, por un Dios que podían encontrar en la Biblia. Además, Orígenes aprendió de los rabinos. Finalmente, elaboró principios cristianos totalmente propios: la unidad interna de la Biblia como norma de interpretación, Cristo como punto de referencia de todos los caminos del Antiguo Testamento.³²

³⁰ - Véase la presentación de esta fase del camino espiritual de Agustín en P. Brown, *«Augustinus von Hippo»*, Leipzig 1972, 34-38 (tr. del inglés).

³¹ - A. von Harnack, Marcion. 1920. Reimpresión, Darmstadt 1985, pp. XII y 217.

³² - El cambio decisivo en la valoración de la exégesis de Orígenes fue debido a H. de Lubac con su libro: *«Histoire et Esprit. L'intelligence de l'Existence d'après Origène»*, Paris 1950. Posteriormente, son dignos de atención los trabajos de H. Crouzel (p.ej. «Origène» 1985). Un buen resumen del estado de la investigación lo

Pero sea cual sea el juicio sobre la exégesis de Orígenes y de Ambrosio en sus detalles, su fundamento último no era la alegoría griega, ni Filón, ni tampoco los métodos rabínicos. Su auténtico fundamento, aparte detalles de su interpretación, era el mismo Nuevo Testamento.

Jesús de Nazaret tuvo la pretensión de ser el auténtico heredero del Antiguo Testamento (de la «Escritura») y de darle la interpretación válida, interpretación ciertamente no a la manera de los maestros de la Ley, sino por la autoridad de su mismo Autor: «*Enseñaba como quien tiene autoridad (divina), no como los maestros de la Ley*» (Mc 1,22). El relato de Emaús resume otra vez esta pretensión: «*Empezando por Moisés y por todos los Profetas, les explicó lo que en todas las Escrituras se refiere a él*» (Lc 24,27).

Los autores del Nuevo Testamento intentaron fundamentar en concreto esta pretensión: muy subrayadamente Mateo, pero no menos Pablo, utilizaron los métodos rabínicos de interpretación e intentaron mostrar que precisamente esta forma de interpretación desarrollada por los maestros de la Ley conducía a Cristo como clave de las «Escrituras».

Para los autores y fundadores del Nuevo Testamento, el Antiguo Testamento es simplemente la «Escritura»; sólo al cabo de algún tiempo la Iglesia pudo formar poco a poco un canon del Nuevo Testamento, que también constituía Sagrada Escritura, pero siempre de modo que como tal presuponía y tenía como clave de interpretación la Biblia de Israel, la Biblia de los Apóstoles y sus discípulos, que sólo entonces recibió el nombre de Antiguo Testamento.

En este sentido, los Padres de la Iglesia no crearon nada nuevo con su interpretación cristológica del Antiguo Testamento: sólo desarrollaron y sistematizaron lo que habían encontrado en el mismo Nuevo Testamento.

Esta síntesis, fundamental para la fe cristiana, tenía que resultar cuestionable en el momento en que la conciencia histórica desarrolló unos criterios de interpretación para los cuales la exégesis de los Padres tenía que aparecer como no histórica y por tanto objetivamente insostenible. Lutero, en el contexto del humanismo y de su nueva conciencia histórica, pero sobre todo en el contexto de su doctrina de la justificación, desarrolló una nueva fórmula sobre las mutuas relaciones de las dos partes de la Biblia cristiana, *no partiendo de la armonía interna de Antiguo y Nuevo Testamento, sino de la antítesis esencialmente dialéctica entre Ley y Evangelio*, tanto desde el punto de vista de la historia de la salvación como desde el punto de vista existencial.

Bultmann ha expresado de forma moderna esta posición de principio con la fórmula de que el Antiguo Testamento se ha cumplido en Cristo en su fracaso. Más radical es la propuesta citada de Harnack, que ciertamente, por lo que puedo saber, apenas ha sido acogida por alguien, pero que era perfectamente lógica partiendo de una exégesis para la que los textos del pasado sólo pueden tener el sentido que cada autor les haya querido dar en aquel momento histórico. Que los autores de siglos antes de Cristo que hablan en los libros del Antiguo Testamento se hayan querido referir a Cristo y a la fe del Nuevo Testamento aparece a la moderna conciencia histórica como *muy inverosímil*. Por eso, con la victoria de la exégesis histórico-crítica, pareció que la interpretación cristológica del Antiguo Testamento, iniciada por el mismo Nuevo Testamento, había fracasado.

Esto, como hemos visto, no es una cuestión histórica de detalle, sino que con ello se debaten los mismos fundamentos del cristianismo. Por eso queda también claro por qué nadie ha querido seguir la propuesta de Harnack de proceder finalmente a la renuncia al Antiguo Testamento, que Marción había emprendido demasiado pronto. Lo que quedaría (nuestro Nuevo Testamento) sería algo sin sentido.

El Documento de la Pontificia Comisión Bíblica que aquí presentamos dice sobre ello: «*Sin el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento sería un libro indecifrado, una planta privada de sus raíces y destinada a secarse*» (Núm. 84).

ofrece H.-J. Sieben en su «*Einleitung zu Origenes. In Lucam homiliae*», Freiburg 1991, 7-53. Una síntesis de cada trabajo de H. de Lubac sobre la cuestión de la interpretación bíblica lo da la obra editada por J. Voderholzer: «*H. de Lubac, Typologie-Allegorese-Geistiger Sinn*». *Studien zur Geschichte der christlichen Schriftauslegung*, Freiburg 1999).

Bajo este aspecto, se ve la magnitud de la empresa que asumió la Pontificia Comisión Bíblica, cuando se propuso afrontar el tema de las relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Si tiene que haber una salida a la aporía descrita por Harnack, tiene que ser el concepto de una interpretación de los textos históricos, sostenible hoy día, que parta del texto de la Biblia aceptado como Palabra de Dios, pero amplíe y profundice el punto de vista de los estudiosos liberales.

En los últimos decenios han ocurrido cosas importantes en esta dirección.

La Pontificia Comisión Bíblica presentó los resultados esenciales de estos conocimientos en su documento publicado en 1993, *«La interpretación de la Biblia en la Iglesia»*. La comprensión de la pluridimensionalidad del discurso humano, que no está atado a un momento histórico, sino que abarca el futuro, fue de gran ayuda para entender cómo la palabra de Dios se puede servir de la palabra humana para dar a la historia en progreso un sentido que va más allá del momento presente y obtiene precisamente así la unidad de todo el conjunto. La Comisión Bíblica, identificándose con este documento suyo anterior y sobre la base de minuciosas reflexiones metódicas, ha examinado las grandes líneas de pensamiento de ambos Testamentos en sus mutuas relaciones y ha podido decir en resumen que la hermenéutica cristiana del Antiguo Testamento, que sin duda se aparta profundamente de la del Judaísmo, *«corresponde sin embargo a una potencialidad de sentido efectivamente presente en los textos»* (Núm. 64).

Este es un resultado, que me parece muy significativo para el progreso del diálogo, pero también sobre todo para la fundamentación de la fe cristiana.

Sin embargo la Comisión Bíblica no podía en su labor prescindir del contexto de nuestro presente, en el cual el impacto del Holocausto (la *«Shoah»*) ha inmergido toda la cuestión en otra luz.

Se plantean dos cuestiones principales: ¿Pueden los cristianos, después de todo lo que ha ocurrido, mantener aún tranquilamente la pretensión de ser los herederos legítimos de la Biblia de Israel? ¿Pueden continuar con la interpretación cristiana de esta Biblia, o tendrían que renunciar con respeto y humildad a una pretensión que, a la luz de lo que ha ocurrido, tiene que aparecer como una intromisión?

De eso depende la segunda pregunta: La presentación de los judíos y del pueblo judío que hace el mismo Nuevo Testamento, ¿no ha contribuido a crear una enemistad hacia el pueblo judío, que ha preparado la ideología de aquellos que querían eliminar a Israel? La Comisión se ha planteado las dos cuestiones.

Está claro que la renuncia de los cristianos al Antiguo Testamento no sólo acabaría, como hemos indicado, con el cristianismo como tal, sino que tampoco prestaría ningún servicio a una relación positiva entre cristianos y judíos, precisamente porque les sustraería el fundamento común. Lo que hay que deducir de los hechos ocurridos es un nuevo respeto por la interpretación judía del Antiguo Testamento.

El documento dice dos cosas sobre el tema. En primer lugar, constata que la lectura judía de la Biblia es *«una lectura posible que está en continuidad con las sagradas Escrituras de los judíos del tiempo del segundo Templo y es análoga a la lectura cristiana, que se ha desarrollado en paralelismo con ella»* (Núm. 22). Añade que los cristianos pueden aprender mucho de la exégesis judía practicada durante 2000 años; viceversa los cristianos pueden confiar en que los judíos podrán sacar provecho de las investigaciones de la exégesis cristiana (ibid.). Creo que los análisis presentes ayudarán al progreso del diálogo judeocristiano, así como a la formación interior de la conciencia cristiana.

La última parte del documento responde a la cuestión de la presentación de los judíos en el Nuevo Testamento. En ella se examinan minuciosamente los textos considerados «antijudíos». Aquí quisiera subrayar sólo un punto de vista que me ha parecido especialmente importante. El documento muestra cómo los reproches que el Nuevo Testamento dirige a los judíos no son ni más frecuentes ni más duros que las quejas contra Israel que encontramos en la Ley y los Profetas, es decir dentro del mismo Antiguo Testamento (Núm. 87). Pertenecen al lenguaje

profético del Antiguo Testamento y, por tanto, se han de interpretar como las palabras de los Profetas: denuncian los fallos del presente, pero son siempre temporales por esencia y presuponen también siempre nuevas posibilidades de salvación.

A los miembros de la Comisión Bíblica quisiera expresarles agradecimiento y reconocimiento por su labor. De sus discusiones, mantenidas pacientemente durante varios años, ha surgido este documento que, estoy convencido, puede ofrecer una ayuda importante en una cuestión central de la fe cristiana y en la tan importante búsqueda de una nueva comprensión entre cristianos y judíos.

Roma, en la fiesta de la Ascensión de Cristo, 2001

7 - ¿QUÉ RELACIÓN HAY ENTRE ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO?

Luigi Copertino - 19/02/2010 (EFFEDIEFFE)

El Antiguo Testamento, como decían San Agustín y otros, contiene *in nuce*, en germen, el Nuevo, y el Nuevo hace comprensible el Antiguo: *por tanto* la entera Escritura se explica sólo a la Luz de Cristo. Así es exactamente, a menos que no se ponga en duda, en un evidente **marcionismo**, la Revelación hebraico-cristiana. El pagano Abrahám fue llamado por Dios, o sea por la Santísima Trinidad y por tanto por el Cristo Venidero, que era (y es) antes que él, para recibir el depósito, en un mundo pagano, de tal Revelación, dando origen al Israel teologal. Que además es el verdadero Israel, por más que, antes de Cristo, viviera en la «carne» de un pueblo y que, también en su época, fuera sin embargo accesible sólo mediante la circuncisión, figura del futuro bautismo con el cual Cristo ha abierto a todos, y no sólo a los hebreos, la posibilidad de entrar en la Revelación y en la salvación universal, ya prometida en el Antiguo Testamento, pero imposible de realizarse en el modo creído por el exclusivismo hebraico.

Cristo ha sido la ruptura de tal exclusivismo étnico-religioso, pero esa ruptura, si por un lado se ha dado en discontinuidad con la exégesis espuria sanedrítica, por otro lado, sin embargo, se ha realizado en continuidad con la Revelación del Antiguo Testamento que El ha cumplido y perfeccionado, precisamente porque, en cuanto Verbo de Dios, era su misma raíz y por tanto la precedía y la sostenía.

Afirmar lo contrario significa decir que Cristo habría cortado, no ya con el exclusivismo hebraico, o sea, con la exégesis espuria de la Escritura ya usada por los miembros del sanedrín, sino con el mismo Antiguo Testamento, por consiguiente más en general con la Revelación, y por tanto significa suponer que el Dios que definitivamente se ha revelado, es más, encarnado en Jesucristo no sería el mismo Dios que se reveló a Abrahám, el cual sería sólo un «dios menor» al que Cristo se habría opuesto. Exactamente es lo que sostenía Marción.

Así pues, cuando se distingue, justamente, el cristianismo (cumplimiento de la Revelación) del judaísmo post-bíblico (que es el judaísmo espurio que ya se incubaba dentro del hebraísmo precedente a Cristo, pero que no coincidía para nada con la Revelación de Dios a Abrahám), se ha de poner mucho cuidado, al condenar la exégesis talmúdica (espuria y no conforme a la Revelación ni del Antiguo Testamento ni, lógicamente, del Nuevo), para no caer en el exceso opuesto.

En otras palabras, la fe cristiana afirma, a la Luz de la Revelación, la continuidad entre hebraísmo auténtico y cristianismo y, por tanto, la discontinuidad entre el hebraísmo auténtico, cumplido y universalizado en Cristo, y el judaísmo espurio post-bíblico, que ya se incubaba en el Sanedrín del tiempo de Cristo.

Ese judaísmo espurio post-bíblico, cuando se excava a fondo, se revela contaminado por fuertes influencias de tipo gnóstico, las mismas que después se hallan también en tantas herejías de los primeros siglos, como precisamente la marcionita. Las innegables semejanzas, notadas por muchos historiadores como, por ejemplo, Giorgio Galli y George Mosse, entre el **nazismo pagano**, que marcionísticamente hablaba de un «Cristo ariano» dando crédito a la leyenda talmúdica del nacimiento adulterino de Cristo de un legionario romano, y **sionismo**, se explican también con su común y secreta raíz espuria.

La actual confusión en campo católico, no tanto viene de la afirmación (que es evangélica, apostólica y patristica) de la continuidad, en sentido de perfeccionamiento, entre Antiguo y Nuevo Testamento, cuanto más bien de creer o hacer creer que el actual judaísmo post-bíblico sea idéntico a la fe veterotestamentaria de Abrahám, mientras que es la discontinua ruptura.

Si bien *pro domo sua* (según su interés), o sea, invirtiendo los términos del problema, Neusner, honestamente, reconoce que entre el actual judaísmo post-bíblico y la fe cristiana no existe continuidad. Sólo hace falta corregir a Neusner, recordando que el cristianismo está en continuidad (siendo el cumplimiento prometido) con el auténtico hebraísmo del Antiguo Testamento, del cual por el contrario el judaísmo post-bíblico irremediabilmente se ha alejado (salvo la posibilidad para los hebreos, como ha sido por ejemplo para Israel Eugenio Zolli, de volver al verdadero hebraísmo convirtiéndose a Cristo).

Atención, además, a otra cosa. Cuando San Pablo, justamente, afirma que la Ley de Moisés está superada por la Ley de la Gracia, que sólo Cristo nos da, no opone en modo alguno la primera a la segunda, porque no podía sin duda hablar contra las palabras de Cristo en persona, que ha afirmado que de la Ley no caerá ni siquiera una jota y que El ha venido no a abolirla sino a darle su perfección. Así pues San Pablo no opone luteranamente Gracia y Ley, sino que afirma que la Ley no puede ser observada sino mediante la Gracia dada por Cristo, de manera que todos los ritos de la Ley antigua, que eran sólo prefiguraciones del cumplimiento futuro, como por ejemplo el sacrificio ritual en el Templo del cordero pascual, prefiguración del verdadero Sacrificio en la Cruz del verdadero *Agnus Dei*, o sea, Cristo, han sido abolidos, porque en la economía de la Nueva Alianza ya son inútiles. Los rituales antiguos, sin embargo; no la esencia de la Ley, que (siempre según las palabras de Nuestro Señor) es el Amor a Dios y al prójimo. Esa esencia no ha cesado ni cesará, pero para cumplirla es necesaria la Gracia que Cristo, y sólo Lui, nos da.

No es extraño que algunas personas no tengan claro lo que está claro desde hace dos mil años. Sus intervenciones sobre el pecado original revelan que su espiritualidad es claramente de tipo gnóstico. Y eso explica su simpatía per Marción.

8 - CÓMO INVENTARON EL LIBRO LOS CRISTIANOS

Maurizio Blondet - 04/12/2005 (EFFEDIEFFE)



Como se sabe, para un griego o un romano un libro era un rollo: lo llamaban volumen, «*lo que se enrolla*». También para los hebreos los libros eran rollos; los esenios de Qumran los conservaban verticalmente dentro de tinajas.

De costoso pergamino o de poco menos costosas hojas de papiro, el *volumen* hacía necesaria una forma diversa de lectura. Se leía de pie, y a menudo hacía falta un esclavo que sostuviera el rollo desplegado ante el lector.

Por lo demás, en el mundo antiguo, la lectura era «recitación»: se leía solamente en voz alta.

El libro como hoy día lo conocemos –el libro de páginas– es una novedad revolucionaria introducida por los primeros cristianos. Por necesidad práctica.

Entre los discípulos de Jesús, y probablemente también entre los del Bautista, había «taquígrafos» que recogían las palabras y las enseñanzas memorables: **sin mediación, «en directo»**, como ahora se toma una instantánea sin pretensiones, para conservar un momento único o feliz.

Esos escritores rápidos no empleaban tablillas de cera en que grabar con un punzón como los antiguos romanos, operación demasiado lenta para una instantánea. Se servían de cuadernos de pocas páginas, de pergamino, tal vez tensas dentro de un marco, que se usaban desde unos treinta años como forma de transmitir rápidamente informaciones; sin duda en uso entre los comerciantes, esos *blocs de notas* se había difundido en las rutas y las ciudades de comercio, Tiro y Cesaréa, Gadara y Alejandría.

Esas antiguas libretas de apuntes se llamaban *membranæ* (en griego *membranai*), o sea, precisamente «pergaminos». San Pablo escribía en esas *membranæ* sus cartas, y a veces pidió a sus discípulos que se las consiguieran.

Cuando Jesús dejó este mundo, las libretas con sus frases recogidas de su viva voz fueron el instrumento necesario de la predicación de los apóstoles y de sus enviados misioneros.

Copiando y uniendo las libretas, una sobre otra, y tal vez encuadernándolas para poder llevarlas en los viajes misioneros, formaron libros como los conocemos hoy día. Libros con páginas que hojear. La presencia de las *membranæ* **con los apuntes tomados en directo** explica por qué los Evangelios fueron escritos en época relativamente tardía (si bien del Evangelio de Marco, que recoge la viva predicación de Pedro, existe un fragmento del 48 después de Cristo): es que durante muchos años, mientras vivieron los testigos oculares de la predicación del Señor, las *membranæ* «fueron» los Evangelios. No hacía falta reelaborar ni poner en orden los apuntes sueltos, **simples soportes para la memoria viva**.

Lo cual explica también la mano segura con que la Iglesia, siglos más tarde, supo distinguir los Evangelios auténticos de los apócrifos: tenía en mano las fuentes seguras y originales, las “grabaciones” de la palabra de Jesús. Esa era la «tradición» viva de la Iglesia.

Es muy significativo un pasaje de S. Ignacio de Antioquía, Padre de la Iglesia y obispo de Antioquía en el siglo segundo, que refleja las evidentes discusiones sobre las fuentes:

«He oído algunos que decían: 'si no lo encuentro en los archivos (arjéia), no lo creo en el Evangelio. Y cuando les replicaba: 'ha sido escrito', me contestaban: 'ese es el problema'. Para mí, mis archivos son Jesucristo; mis archivos invencibles son la cruz, su muerte, su resurrección y la fe que viene de El».³³

De esas breves frases se ve cómo consideraba la comunidad cristiana las *membranæ* conservadas: a la vez con escrúpulo que diríamos científico, y con ligera devaluación.

Cada apunte, palabra disecada, conserva por fuerza una cierta ambigüedad; su interpretación es un cuidado obsesivo de la Iglesia primitiva, que hace continua referencia a la palabra viva de los apóstoles y a la fe de la misma comunidad.

Aquí está la desconfianza del mundo antiguo hacia la palabra escrita.

Platón escribió que los libros tienen un defecto, no responden a las preguntas.

Siglos después Papias, obispo de Hierápolis en Frigia, a propósito de los evangelios repite el concepto platónico: «no pensaba que las cosas que vienen de los libros fueran tan útiles como las que vienen de una palabra viva (*zosé phoné*) y duradera».

Para el hombre antiguo, la verdad y la sabiduría habla con la voz de los hombres, de los testigos. Por eso es absurdo incluso pensar que en esos textos «taquigráficos» hayan podido introducirse interpolaciones arbitrarias, pensamientos y comentarios personales de los amanuenses. La colectividad cristiana no los habría aceptado.

Es notorio que desde el principio esos apuntes fueron escritos no ya en hebraico o en aramaico, sino en el griego simplificado que era entonces la lengua franca comercial del Mediterráneo, el *koiné dialektos*, el «habla común».

Altos prelados y teólogos presuntuosos ahora, per funesta pasión arqueologista que roza con el fundamentalismo judaico, pretenden «reconstruir el texto aramaico» subyacente, según ellos, a los Evangelios.

La operación es casi seguramente abusiva. Olvidan –quieren olvidar– que los mismos Sabios ancianos de Sión, casi un siglo antes del nacimiento de Cristo, habían traducido sus libros sagrados al griego, en Alejandría, ya que pocos hebreos conocían de verdad el hebraico y el aramaico, excepto los que vivían en Palestina. Eran una minoría: en todas las épocas, dos tercios de los hebreos han nacido y han muerto fuera de la «tierra santa». La mayor parte eran mercaderes en el mundo mediterráneo, y el griego era su lengua nativa.

Los esenios, los fanáticos de Qumram, impusieron de nuevo el hebraico como lengua canónica de su Biblia (que sin embargo interpolaron sin escrúpulos): era una operación artificial, arqueologista y fundamentalista, semejante a la de los prelados «modernos».

³³ - Carta a los Filadelfios, VIII, 2.

¿Debemos pensar entonces que los «taquígrafos» discípulos de Jesús, al escribir rápidamente en las *membranæ*, tradujeran instantáneamente del aramaico al griego?

¿No sería más fácil **pensar que el mismo Jesús hablase griego?**

El biblista André Paul lo deja entrever³⁴.

En su predicación itinerante, el Mesías pasó a veces y fácilmente por zonas en que la lengua hablada era el griego. No sólo: el uso del griego habría sido cosa normal teniendo en cuenta la línea de ruptura que Jesús siguió en el seno del mundo hebraico, contra el exclusivismo de los **judíos fariseos**, los futuros rabinos, y tal vez en abierta polémica con el fanatismo de los **esenios**, obsesionados por la pureza, que consideraban a los extranjeros satánicos y contaminados.

Sería bello pensar que en aquella fatal mañana fría de Palestina, en el patio empedrado que todos (incluso los hebreos) llamaban con una palabra griega *litòstrotos*³⁵, en la que Cefas asustado se calentaba al fuego con otros que lo reconocieron por el acento («¿acaso no eres tú también galileo?») mientras tendía el oído al diálogo entre el acusado Jesús y el procurador, oyera hablar en griego. Pilato hablaba; Jesús respondía, *sin intérprete*.

En un momento de tensión, el interrogatorio judicial tomó un cariz filosófico: Pilato preguntaba qué cosa es la «verdad». ¿Y en qué otra lengua el Mediterráneo hablaba de filosofía?

Como quiera que sea, desde sus albores **la literatura cristiana fue exclusivamente griega.**

El descubrimiento del libro, del *codex* con páginas, cambió el mundo antiguo de forma sutil, pero decisiva para el cambio de época.

La lectura de los rollos, que era recitación, correspondía a la profunda naturaleza *pública* de la antigüedad greco-romana. La naturaleza de la solar y fascinante realidad romana era exclusivamente pública, lo que llevaba consigo una ausencia de «interioridad». Cada hombre consistía enteramente en sus actos. Lo externo y lo interno no estaban separados por un hiato doloroso. La religión romana era radicalmente «acción», no preveía una teología. Comenzaba y se agotaba en el *rito*, del sánscrito «*rtâ*», justa acción.

Inútilmente se preguntará a las lápidas funerarias una idea del más allá. Son monumentos *públicos*, sus epígrafes se dirigen a los que pasan para informarles sobre el *curriculum vitae* del difunto, sus cargos y sus fortunas, e incluso para divertirlos (un molinero se excusa por la mala calidad de los versos que expone).

No se trataba de una religión «inferior»; era la religión de una humanidad radicalmente diferente de la nuestra. El mismo Pablo, al hablar de la fractura que bien conocemos entre el bien que queremos y el mal que sin embargo hacemos, habla de otra ley que está «en los propios miembros»: dentro del cuerpo, no en la interioridad del espíritu. Incluso los hebreos no consideraban necesaria alguna idea sobre el destino humano *después de la muerte*, y sólo tardíamente elaboraron una doctrina del más allá, copiada de cultos místéricos e isíacos.

El libro crea ese espacio íntimo, en que se mueve la entera fe cristiana.

San Agustín nos transmite el sentido de vértigo que sintió el día que sorprendió a su maestro, Ambrosio de Milán, leyendo con el alma. El germánico de nombre griego, sentado, leía un libro «*sin pronunciar las palabras*» en voz alta; el bereber de Hipona observó casi con espanto aquella lectura silenciosa, el mudo correr de los ojos sobre la página, **el diálogo indecible que se lleva a cabo en la intimidad inviolada.**

Aquí nace el cristianismo. Y su tribunal interior, en que Cristo juzga las intenciones, es el origen de cada pena, de enfermedades del alma desconocidas por los romanos –la debilidad de la voluntad, las dudas de Hamlet– pero también del rescate que ellos no podían ni imaginar.

Quién sabe si *internet* no indique y promueva otra revolución antropológica, revolucionaria como aquella. O que no sea un regreso al pasado *público* romano.

Después de todo, leer en *internet* implica una acción que fue propia del lector de rollos: el *scroll*. El desenrollar. Los ingleses llaman a los rollos del Mar Muerto «*Dead Sea scrolls*».

³⁴ - André Paul, «*Jésus Christ, la rupture*», Bayard, 2001, páginas 133 y siguientes.

³⁵ - El autor del artículo se confunde: Pedro estuvo en el patio del Sumo Sacerdote Caifás, pero no en el *litòstrotos* del pretorio de Pilato.

Hasta el siglo XVIII, el problema de la datación de los escritos del Nuevo Testamento no se había puesto. Se vivía en la tranquila certeza de que las cartas de Pedro habían sido escritas por Pedro, que las cartas de Pablo habían sido escritas por Pablo, etc... Lo importante era conocer su mensaje espiritual, como quiera que fuese la fecha en que fueron escritas.

La preocupación por una datación precisa no surgió sino en el siglo XIX, en un contexto polémico. Los críticos racionalistas han desplegado mucho ingenio esforzándose en demostrar que la Sagrada Escritura, en que se apoyan los católicos y los protestantes, serían en su mayor parte falsificaciones elaboradas en el siglo II, dando una imagen ideal del cristianismo, no correspondiente a la realidad histórica.

El más célebre de los críticos es el fundador de la famosísima escuela de Tubinga, Chrétie Baur (1792-1860), que en 1835 lanzó la idea de que las epístolas de Pablo a Tito y Timoteo fueran falsas. Discípulo de Hegel, Baur querían conducir la historia de la Iglesia primitiva al esquema archisabido: tesis, antítesis, síntesis. Según él, la Iglesia primitiva habría estado formada por dos corrientes antagonistas: la primera, judeo-cristiana y particularista, la segunda pagano-cristiana y universalista; la síntesis de ambas corrientes se habría realizado en el siglo II, con la redacción de los Hechos de los Apóstoles, historia ficticia en la que Pedro, representante del judeo-cristianismo, y Pablo, representante del pagano-cristianismo, artificialmente se habían reconciliado. Todos los escritos en que Pedro y Pablo parecen ponerse de acuerdos entre ellos son considerados por Baur como un falso del siglo II.

Le tesis de la escuela de Tubinga han sido rechazadas por los exégetas conservadores protestantes y católicos. Y también los racionalistas se han añadido a ellos. Un hombre como Adolf von Harnack (1851-1930), que rechaza por ejemplo toda idea de milagro, ha sostenido enérgicamente que los *Hechos de los Apóstoles* fueron realmente escritos por Lucas, compañero de Pablo. Habiendo puesto en un primer momento la redacción de ese libro en el 73-93, sucesivamente se retractó, sosteniendo que los *Hechos* databan de antes del año 65, tal vez antes del 62.

En el mundo católico, con excepción de Alfred Loisy (1857-1940), los exégetas han sostenido con unanimidad hasta 1939 que **todos los escritos del Nuevo Testamento procedían de los Apóstoles o de sus colaboradores más próximos, los evangelistas Marcos y Lucas**; se reconocía al máximo que **la epístola a los Hebreos** no habría sido escrita por Pablo sino por uno de sus contemporáneos.

La primera grieta se produjo con *la 2ª epístola de Pedro*, cuando J. Chaine (1888-1948) se sintió movido a conceder, en 1939, que esa carta no podía haber sido escrita por Pedro estando en vida, porque en ella se habría utilizado *la epístola de Judas*. Por tanto supuso que el nombre de Pedro en la introducción fuera ficticio y que la carta hubiera sido escrita por un discípulo suyo después de su muerte y en su nombre. No se trataba, según él, de un acto de mentira, sino de la trasmisión autorizada del testamento del Apostol. Esta opinión no ha sido censurada por la autoridad eclesiástica, y por otra parte muchos han pensado que la teoría de la pseudonimia se podía aplicar a otros escritos del Nuevo Testamento.

Ha habido que llegar al 1970 aproximadamente para que los católicos sostuvieran abiertamente la no autenticidad de numerosas epístolas de Pablo, de los escritos de Juan, y también de la *1ª epístola de Pedro*. Los exégetas protestantes de tendencia liberal los habían precedido por ese camino desde hacía mucho tiempo. Para ellos, la pseudonimia era un género literario bien conocido.

Hoy día se admite corrientemente que hace falta situar hacia el año 80 la redacción de las epístolas a *Tito y Timoteo*, de la *1ª de Pedro* y de la de *Santiago*.

En efecto, estos escritos atestiguan una organización eclesiástica (*los presbíteros*) que, se dice, haya sido creada sólo después de la muerte de los Apóstoles, precisamente para poner remedio a su desaparición. Los *Hechos de los Apóstoles*, que reflejan la misma organización

eclesiástica, datarían también del año 80, y la mención que hace de **los presbíteros** de Efeso (**Hechos 20,17**) sería un anacronismo.

En cuanto a la **2ª epístola de Pedro**, la mayor parte de los autores la sitúa ahora, ya no más inmediatamente después de la muerte de Pedro y en dependencia de él, sino al comienzo del siglo II, al menos 40 años después de su martirio.

Por mi parte, nunca he aceptado la no autenticidad de la epístola a **Tito**, ya que desde 1976 el P.S. de Lestapis había demostrado de forma convincente que era prácticamente contemporánea a **la epístola a los Romanos** (primavera del año 58). Por eso racionalmente me he convencido de que la institución de **los presbíteros** era anterior a la muerte de Pablo, y que toda esa construcción era artificial. Mientras he esperado hasta 1991 para expresar mi postura sobre la autenticidad de las cartas "Pastorales" ("*Les Ambassadeurs du Crist*", Cerf, Paris, 1991). Ese libro me ha valido sólo aprobaciones. Por el contrario, yo nunca he puesto en discusión la tesis que se había establecido respecto a la **2ª epístola de Pedro**. Sólo en 1991, cuando he estudiado el problema directamente, me he dado cuenta de los errores de los razonamientos que que había hecho Chaine, en perfecta buena fe. Me he dado cuenta de que la **2ª de Pedro** no dependía de la de **Judas**, como pensaba Chaine, sino que hacía falta poner la dependencia al contrario. He estudiado entonces la cuestión desde más puntos de vista y he visto claramente que la **2ª de Pedro** tenía fuertes garantías de autenticidad. Mis argumentos principales son los siguientes:

Las dos epístolas de Pedro están emparentadas entre sí de una forma más estrecha de cuanto se diga generalmente. Compárense en particular

1ª P 1,13 y **2ª P 3,1**;
1ª P 2,16 y **2ª P 2,19**;
1ª P 3,20 y **2ª P 2,5**.

Existen igualmente estrechas relaciones de vocabulario entre la **2ª Pedro** y los discursos atribuidos a Pedro en los **Hechos de los Apóstoles**. Compárense especialmente en el texto griego

Hechos 1,17 y **2ª P 1,1**;
Hechos 1,18 y **2ª P 2,15**.

La sinopsis que he realizado de la **2ª Pedro** y la de **Judas** muestra que el primer escrito es anterior al segundo. Resulta a primera vista al comparar

2ª P 2,1 y **Judas 4**;
2ª P 3,3 y **Judas 18**,

sin contar otras consideraciones más técnicas. Ahora, la de **Judas** difícilmente pudo haber sido escrita después de la destrucción de Jerusalén en el 70, ya que no hace alusión alguna, mientras que su fin es, al menos en parte, mostrar cómo Dios castiga siempre a los incrédulos.

Los adversarios denunciados por la **2ª Pedro**, acusan a Jesús de ser un falso profeta (**2ª P 3,4**). Ahora bien, eso habría sido imposible después de la destrucción de Jerusalén, que se cumplió en el año 70 con los detalles anunciados por Jesús (**Mc.13,30** y paralelos). Por el contrario, hacia el año 63, en el momento en que desaparecía la generación de los contemporáneos de Jesús, el retraso de la destrucción de Jerusalén y de la Parusia que había de seguirla, podía sacudir seriamente la fe de los cristianos.

He sometido mi demostración, de la que doy aquí una muestra, a numerosos exégetas de fama, cuyos nombres sería indiscreto revelarlos públicamente. Todos, menos uno, me han expresado su acuerdo. **Pero las revistas que he contactado se han excusado con varios pretextos. Las dos últimas, de alto nivel, me han dicho que mi argumentación parece convincente, ¡pero que es demasiado difícil para sus lectores!**

Por lo que se refiere a las otras cartas apostólicas, las he comparado cuidadosamente entre ellas para establecer sus recíprocas relaciones. He llegado a la secuencia siguiente:

Santiago - Romanos - 1ª Pedro - Efesos - Hebreos

Si mis observaciones son exactas, esto significa la anterioridad de la de **Santiago**, de la **1ª Pedro** y de **Efesios** respecto a la epístola a los **Hebreos**. Pues bien, esta carta parece haber sido escrita bastante antes de que cesara el culto en el templo (**Heb 9,25**). Hay que situar entonces

Santiago en el 57, **Romanos** en el 57 o 58, **1ª Pedro** en el 58 o 59, **Efesios** en el 59 o 60 y **Hebreos** hacia el 62, en todo caso no después del 66, en que empezó la guerra judaica.

Sin embargo, yo no trato de hacer retroceder a toda costa, a antes de la destrucción de Jerusalén, la redacción de todos los escritos del Nuevo Testamento, como hacen hoy día ciertos autores. Yo sostengo que el *Apocalipsis* es la puesta por escrito de una revelación recibida en tiempos de Domiciano (año 95), y sitúo en esa época tardía todos los escritos de San Juan. Pero nada impide que el Apostol haya muerto reinando Trajano, como dice Ireneo, oriundo de Asia, cuyo testimonio es muy creíble.

Mi preocupación es la siguiente: en su Tradición y en su liturgia, la Iglesia siempre ha considerado los libros del Nuevo Testamento como procedentes exclusivamente de los Apóstoles y de sus inmediatos colaboradores. Si se provara científicamente que todos los Apóstoles murieron antes del año 70 y que muchos escritos del Nuevo Testamento fueron redactados después del 80, habría una contradicción entre la fe tradicional y la verdad científica.

Deberíamos decir, por ejemplo, según la ciencia, que la **imposición de las manos** (*1ª Tim 4,14; 5,22; 2ª Tim 1,6*) no fue practicada por Pablo; pero, en el razonamiento teológico, se debe mantener que se trata de una institución apostólica, garantizada por escritos inspirados atribuidos a San Pablo.

Esa posición, cercana a la esquizofrenia, parece insostenible. Pero para mí, que racionalmente estoy convencido de la autenticidad de las epístolas pastorales, ese problema no existe.

Marta Sordi explica

10 - LA NUEVA CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE SAN PABLO y confirma la autenticidad de su correspondencia epistolar con Séneca

Roberto Persico (Fuente: Tempi.it, 19/05/2008 - Fuente: FattiSentire.net publicado el 28/06/2008)

El 28 de junio el Papa inaugurará solemnemente otro jubileo: la Iglesia festeja dos milenios desde el nacimiento de **Saulo de Tarso** llamado **Pablo**, el “**Apostol de las gentes**”, el hombre que más que ningún otro ha difundido el cristianismo entre los pueblos que habitaban a orillas del Mediterráneo; según los críticos contrarios, el hombre que habría “inventado” el cristianismo, que sin él habría quedado como una oscura secta marginal del mundo hebraico. Una ocasión extraordinaria para la Iglesia de reflexionar sobre su propia tarea, sobre la misión “*ad gentes*”, sobre la relación entre su anuncio y las culturas de los pueblos que encuentra, temas todos ellos que se ponen de forma dramática y fascinante en este tercer milenio apenas comenzado.

Un tema que fascina y que toca de cerca a Marta Sordi (recientemente fallecida), profesora emérita de Historia antigua de la Universidad Católica de Milán, que a la obra de San Pablo ha dedicado una vida de estudios, «desde el punto de vista de la historia romana –desea precisar– del estudio de las fuentes, proyectando las noticias de los textos cristianos sobre lo que conocemos de la documentación romana». Un profundo conocimiento que presenta y debate en el encuentro del ciclo sobre el jubileo paulino promovido por el Centro cultural de Milán y que ilustra con límpida claridad en “*Tempi*”.

– Profesora Sordi, todavía hoy hay quien sostiene que el cristianismo ha sido un invento de San Pablo, que él habría transformado el culto de una inocua secta hebraica en una religión universal.

–Es completamente falso. Lo primero que hay que decir es que el primero que abrió la Iglesia a los no hebreos no ha sido Pablo, sino Pedro. Los Hechos de los Apóstoles, capítulo 10, cuentan claramente la historia del centurión Cornelio, romano, bautizado sin ser un circunciso; es Pedro el que toma la decisión, que entra en la casa de un pagano desafiando las críticas de los otros Apóstoles, es él quien en el primer concilio que se lleva a cabo en Jerusalén se pronuncia contra la obligación de la circuncisión: el anuncio cristiano es para todos, no sólo para los hebreos.

– Sí, pero Pablo no había conocido directamente a Jesús, los Apóstoles contaban hechos ocurridos, mientras que él ha elaborado una teología.

– Siempre completamente de acuerdo con la comunidad de los Apóstoles. Como escribe en la carta a los Gálatas, y como está dicho también en los Hechos, fue dos veces a Jerusalén, la primera poco después de su conversión, la segunda catorce años después, cuando en todas las iglesias de Asia menor gozaba ya de grandísima autoridad: y siempre para someterse al juicio de Pedro y de los que con él –Pablo no dice los nombres, pero probablemente debían ser Santiago el Menor y Juan– eran los guías reconocidos por todos. «Les expuse el evangelio que yo predico entre los paganos –escribe– para evitar el riesgo de correr o de haber corrido en vano». Para no haber corrido en vano, ¿entiende? Pablo sabe muy bien que si predicase alguna cosa distinta de la fe de los Apóstoles su obra sería inútil.

– ¿Cuáles son por tanto las características fundamentales de esa obra?

– Diría que ser consciente del “misterio escondido en los siglos” de la vocación de los paganos, que nace en él durante la misión en Asia menor, y la capacidad de dirigirse a todos, sin excluir las autoridades, los potentes, según el lenguaje y las formas más apropiadas a cada uno. Son dos características que se notan desde el principio. De hecho, la misión de Pablo empieza con su viaje a Chipre. Ahí él predica, como siempre lo hace, en primer lugar a la comunidad hebraica. Pero luego es llamado por el gobernador romano de la isla, Sergio Paulo, el cual, dice el libro de los Hechos, «creyó»; Y precisamente a partir de entonces Pablo cambia su nombre hebreo, Saul, tomando no de casualidad el nombre del que podríamos definir su primer convertido ilustre, que fue su protector, tanto que cuando después desembarca en Asia menor Pablo no va a las zonas griegas de la costa, sino a las más agrestes del interior, donde la potente familia de Sergio Paulo tenía tierras e influencia.

Aquí es, creo yo, cuando Pablo toma conciencia de que el anuncio de Cristo está destinado, por medio suyo, a todas las gentes; porque siempre dirige su anuncio primero en la sinagoga, pero los hebreos responden poco y mal, cuando no reaccionan duramente y tratan de arrastrarlo ante los tribunales romanos, mientras recoge discípulos entre los gentiles. Así en Corinto los hebreos lo acusan ante el proconsul de Acaya, Galión, hermano de Séneca; el cual por lo demás ni siquiera toma en consideración las acusaciones, porque le parecen sin importancia. En Efeso por el contrario es acusado por los plateros que prosperaban vendiendo estatuillas de Diana Efesia y veían su propia actividad echada a perder por la nueva religión; pero los asiarcas intervienen para resolver la situación: en ambos casos vemos como las máximas autoridades romanas lo juzgan con benevolencia, signo evidente del hecho de que sabía cómo tratarlas.

– Después viene el célebre sueño del macedonio que le suplica que “pase el mar” y lleve también a Europa el anuncio de Cristo.

– Sí, aunque su deseo de ir a Roma lo tenía desde hacía mucho tiempo: lo expresa, según los Hechos, cuando Pablo se halla en Efeso, y también en la carta a los Romanos, que según la cronología que he reconstruido se remonta a los años 53-54, no al 57 como generalmente se piensa. De hecho, entre las personalidades romanas que nombra está Narciso, un liberto de Claudio, muerto en el 54, y Aristóbulo, que ese mismo año fue mandado a gobernar la Pequeña Armenia.

– Usted atribuye gran importancia a esta revisión de la cronología tradicionalmente aceptada. ¿Por qué?

– Porque con la cronología tradicional un montón de cosas quedan incomprensibles. Mientras que con la que yo propongo –que coincide con todos los datos de que disponemos– todos los problemas se aclaran. Todo depende de un pasaje de los Hechos (24,27), en que se dice que «transcurridos dos años, Félix [el gobernador romano de la Judea] tuvo como sucesor a Porcio Festo; pero Félix dejó a Pablo en cárcel»: generalmente, los dos años se atribuyen a la detención de Pablo, mientras que se trata simplemente de la duración del cargo de Félix, que

fue gobernador, según las fuentes romanas, en los años 53-54. Por tanto Pablo fue procesado bajo su sucesor Porcio Festo en la primera mitad del 55, a motivo de su condición de ciudadano romano apeló al César y así fue llevado a Roma, donde llegó a primeros del 56, y no después del 60, como generalmente se cree. En el 56 era prefecto del pretorio Afranio Burro, amigo de Séneca, hombre sabio y tolerante, y eso explica la forma de la detención de Pablo, una especie de arresto domiciliario muy ligero, en que era vigilado por un pretoriano pero podía recibir libremente a quien quería. Después fue absuelto, probablemente por Burro, en la primavera del 58, que es cuando empezó su célebre epistolario con Séneca.

– *Generalmente considerado un falso construido en siglos posteriores.*

– También yo al principio pensaba que fuera falso. Pero estudiándolo con atención, y colocándolo en la nueva cronología, he cambiado de parecer. Dos cartas son sin duda añadidas posteriormente, diferentes de las otras en el estilo y léxico, y por así decir han arrastrado con ellas el juicio sobre toda la obra. Pero si eliminamos estas dos, lo demás yo creo que es auténtico. Se trata de una correspondencia amigable, a menudo poco más que notas, con alusiones a asuntos de cada día, a conocidos comunes: si un falsario hubiera querido inventarse un epistolario entre dos personajes como éstos, habría escogido temas más serios, ¿no le parece? Además está el problema del estilo: es un latín malo, se nota, lleno de grecanismos, signo de que la lengua materna de quien ha escrito era el griego. Pero, ojo: los grecanismos se ven tan sólo en las cartas de Pablo, no en las de Séneca, que, al contrario, en una le echa en cara amablemente su latín más que mediocre y le da algún consejo sobre como mejorarlo. Hay además una referencia a una “larga ausencia” de Pablo y un conocimiento, por así decir, desde el interno de la situación política, y una circunspección al tratarla, que no podían ser obra de un eventual falsario.

– *¿Quiere aclarar estos últimos puntos?*

– Según mi reconstrucción, Pablo permaneció en arresto domiciliario entre el 56 y el 58, a continuación fue absuelto, y ahí se colocan las primeras cartas con Séneca. Por lo tanto, del 59 al 62, hay un vacío, durante el cual Pablo fue a España. Volvió precisamente a tiempo para sufrir los efectos del cambio de Nerón: precisamente aquel año Burro murió y Séneca perdió su influencia ante el emperador, sustituida por la de la nueva mujer de Nerón, Poppea. Y en una carta de Séneca de ese periodo se hace alusión a la hostilidad de la «*dómina*» en contra de Pablo, porque ha «*abandonado la religión de los padres*». Es un detalle fundamental, porque Poppea era efectivamente judaizante, y por tanto miraba mal a los cristianos, pero esto lo sabemos por Flavio Josefo y por Tácito, mientras que los cristianos del segundo y del tercer siglo no lo sabían. Además todo lo que tiene que ver con los ambientes de la corte es aludido con grande circunspección, como si los correspondientes temieran que sus cartas pudieran caer en manos equivocadas. Un falsario nunca habría podido tener esas precauciones.

– *Pablo volvió apenas a tiempo para estar de nuevo en desacuerdo con Pedro antes de que ambos fueran condenados a muerte.*

– Mire, entre Pedro y Pablo no han habido nunca, subrayo nunca, contrastes doctrinales. Podemos decir que tienen dos “estilos pastorales” diferentes: Pedro es más discreto respecto a los hebreos, tiende a evitar contrastes, mientras que Pablo predica siempre en primer lugar a sus connacionales, y sólo en un segundo momento se dirige a los gentiles. Pero son diferencias de método y de temperamento, nunca de doctrina. Desde este punto de vista, por el contrario, la unidad entre los dos es una de las bases mismas de la Iglesia de Roma. Uno de los testimonios más conmovedores es una inscripción hallada en Ostia y fechable a primeros del siglo segundo o incluso a fines del primero, referida a un cierto “Marco Anneo Pedro Pablo”: Pedro Pablo, comprende, es un cristiano que ha tomado como apellido el nombre de ambos Apóstoles, indisolublemente unidos. Pedro y Pablo: sobre este binomio se apoya la Iglesia.

Una pequeña reflexión sobre algunos posibles malentendidos, que puedan surgir por algunos comentarios a artículos anteriores, dedicada a los católicos que quieran realmente conocer la verdad de las cosas, libres de prejuicios y tomas de posición, finalizadas más a justificar el acomodar el propio comportamiento a las pasiones, que el completo dominio sobre las mismas; dominio de libertad, que surge sólo del conocimiento amoroso de la Verdad.

El cristianismo es una religión física; es decir, la única religión física. También por eso es la única verdadera y revelada. Perfectamente conforme a las exigencias del hombre, capaz de satisfacer sus más íntimas necesidades y peticiones.

Cuando se dice que la Sagrada Escritura considera al hombre en su unidad y en su totalidad, eso es perfectamente verdad. Estamos lejos de los delirios gnósticos de sabor místico, basados en la preexistencia de entidades espirituales o chispas de lo divino encarnadas en la prisión esclavizadora del cuerpo. La materia no es una realidad de la que huir o que condenar ni aun menos una ilusión casi hipnótica, capaz de aturdir el profundo conocimiento de la propia autoconciencia. Dios vio que era cosa buena.

Esa glosa añadida por el autor sagrado a cada acto creativo del relato cosmológico nos permite entender perfectamente esta verdad. Dios creó el cielo y la tierra: las realidades físicas y las espirituales; y por mucho que se pueda profundizar sobre el perfecto confín entre este mundo y el otro, no es éste el lugar ni el momento. Volvamos al texto sagrado.

El hombre ha sido creado como cumbre de la creación material, en armonía perfectamente equilibrada entre sus propias facultades interiores y sus potencias exteriores. Antes del pecado, la Señoría del Altísimo infundió al hombre el don de una indiscutida realeza, en el ámbito de su propia dimensión de criatura. El Arquetipo Divino del que parte la invención del ser humano, aunque es simplísimo en Dios, es una realidad compleja para nosotros. El hombre, hecho a imagen de la Perfección divina, refleja en sí la capacidad misteriosa de la Vida Trinitaria, dotado de la capacidad de conocer, pensar, expresar, comunicar, relacionarse e incluso de amar.

El acto de la infusión del alma por parte del Omnipotente, tal que al hombre, plasmado del fango, lo hace un ser viviente, indica claramente que el proceso creativo de la persona humana –sin ningún esfuerzo por parte de Dios, siendo suficiente una Palabra suya– es una realidad compleja: el hombre vive precisamente de la materia y del espíritu. Cielo y tierra en el corazón y en el cuerpo de la persona humana.

La visión totalizante que emerge de este cuadro descriptivo (que es el del Génesis) nos descubre precisamente una total integridad del individuo. Suponer la intervención de otras fuerzas (casi demiúrgicas) que colaboren con el Altísimo en la perfecta definición de su Querer, que por perfección divina coincide con su obrar, es miopía espiritual, incapacidad de ponerse en la perspectiva pantocrática de Aquel que todo lo puede instantáneamente y sin dificultad alguna.

Los Padres de la Iglesia toman esta visión antropológica (léase sobre todos, por ejemplo, a San Gregorio de Nissa, hermano de San Basilio), y el mismo Santo Tomás confirma la bondad con la lógica férrea de su razonamiento.

La fuente de inspiración común no es solamente el Génesis, sino también la riqueza imperscrutable del Apostol de las gentes, que en sus cartas, hablando de la escatología cristiana revela el destino eterno del hombre.

En medio de estos momentos bíblicos se coloca el evento por excelencia que sublima todo y a todo da sentido y significado, *Logos* eterno de cada cosa: la Resurrección de Jesús. Los primeros cristianos eran perfectamente conscientes de que el hecho de la Resurrección es tal que eclipsa cualquier construcción doctrinal gnóstica, que propone una verdad nueva y revolucionaria, que da cuenta del hombre, así como es.

En este misterio hay una idea fuerte: el cuerpo del hombre –precisamente este cuerpo, dice San Pablo (¡no otro, por tanto! No invenciones reencarnacionistas, apoyadas en improponibles

forzaduras interpretativas de la Biblia)– es destinado a recibir una divinización total, a llegar a ser “*pneumático*” (espiritualizado), como recuerda todavía el Apostol.

La realidad del hombre será totalizante y total en el mundo que vendrá y la vida eterna será Dios, todo en todos, pero también en relación a lo creado, que será nuevo cielo y nueva tierra. Serán hechas nuevas todas las cosas. Olvidar lo físico eterno de la propia inmortalidad es raquitismo católico, inaceptable espiritualismo, de gnóstica memoria.

Jesús sufrió en la carne y padeció y murió y fue sepultado. Hombre total en el dolor; hombre verdadero, aunque es Divino, eterno e invencible. Destino idéntico, exceptuando la unión hipostática, preparado para el hombre. El Cielo, primicia de la plenitud total, a la que aspira todo el ser humano.

Todo lo dicho tiene consecuencias notables en la misma vida espiritual del cristiano. El Santísimo Sacramento del Altar, cumbre del encuentro con el Dios vivo, está perfectamente en sintonía con la totalizante visión del hombre: Jesús lo confirma. Por eso se hace verdadera comida y verdadera bebida y se entrega El mismo, su Cuerpo y su Sangre, utilizando pan y vino, verdaderos alimentos, no sublimados o místéricos, ni fruto de alquímicas pociones mágicas.

La simplicidad de esta verdad es igualada tan solo por la profundidad extrema de tal Misterio: Dios infinito, eterno, inmortal, omnipotente, que se entrega como comida y alimento físico-espiritual.

En esta luz se comprenden las increíbles historias de místicos y místicas capaces de sustentarse con el solo Santísimo Cuerpo del Señor. El ayuno y las prácticas ascéticas no son por tanto oscurantista condena de una materia que nunca es pecado en sí, sino superación de la corrupción del mal espiritual invasor de la creación, que tiene repercusiones cósmicas también en el mundo de la naturaleza.

De hecho, en Dios, el plan de la creación era ciertamente libre de toda mezcla con el mal, siendo éste solamente una opción posible en la criatura, cuando se rebela contra el Creador, utilizando de una manera distorsionada el bien recibido, privandolo por tanto de su propio auténtico *status* ontológico (de su propia razón de ser). Todo lo que Dios ha creado es bueno, pero con las consecuencias del pecado, la entrada del mal en el mundo ha alterado la misma dimensión de la creación, privandola de su sentido más profundo y sometiendo a una corrupción no querida, sino sólo permitida por el Altísimo, y sobre todo ha oscurecido y distorsionado las capacidades del ser humano, dadas por el Creador, en relación a lo creado y a Dios mismo.

El hombre no tiene una idea precisa de cómo era la creación antes del pecado, precisamente porque no percibe de ella más que el transitorio incidir de la actual precariedad. Sabe sin embargo que Cristo es potencia y sabiduría de Dios y que, en vista de El y por medio de El, todo fue hecho. Así pues, Jesús es el hombre cósmico que misteriosamente encierra en sí también la plenitud de la creación, además de la plenitud de la Divinidad.

La vocación del hombre se hace por tanto más clara: adherir a Cristo, viviendo en El y haciendo que El viva en sí, para volver a poseer la dimensión auténtica de su llamada original, renovada en la Encarnación.

Por ese motivo es imprescindible el sustentamiento que se realiza por medio del Divino Sacramento: «*Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene en sí la vida y Yo lo resucitaré en el último día*»; «*Quien come de Mí, vivirá por Mí* ».

Fundamental para el cristiano es, por tanto, nutrirse de esta linfa vital espiritual y física que se nos da en sobreabundancia en la Santísima Eucaristía.

Comprender la absoluta necesidad de ese momento es el primer acto verdadero de humildad: «*Sin Mí no podeis hacer nada*». Solamente en Jesús, el hombre total se comprende y se conoce de verdad por lo que realmente es, sin dejar vacíos o espacios existenciales, que son libre acceso a la actuación del enemigo.

